

PIEDAD MARIANA

Fe y tradición que une a los pueblos



Piedad Mariana

Fe y tradición que
une a los pueblos

Piedad Mariana, Fe y tradición que une a los pueblos/ Ivaldo Torres Chávez,
Monseñor Jorge Alberto Ossa Soto, Richard Mora Espinosa Pbro,
Sergio Alexander Hoyos Contreras, Silvia Ivanna, Ruby Socorro
Jaimes Ramírez -- Pamplona: Universidad de Pamplona. 2025.

126 p; 17 cm x 24 cm
ISBN (Digital): 978-628-7656-82-6

© Universidad de Pamplona
© Sello Editorial Unipamplona
Sede Principal Pamplona, Km 1 Vía Bucaramanga-
Ciudad Universitaria. Norte de Santander, Colombia.
www.unipamplona.edu.co
Teléfono: 6075685303

Piedad Mariana
Fe y tradición que une a los pueblos

Ivaldo Torres Chávez
Monseñor Jorge Alberto Ossa Soto
Richard Mora Espinosa Pbro
Sergio Alexander Hoyos Contreras
Silvia Ivanna Bohórquez Camacho
Ruby Socorro Jaimes Ramírez

ISBN (Digital): 978-628-7656-82-6
DOI: <https://doi.org/10.24054/3nm32p74>
Primera edición, noviembre de 2025
Colección Ciencias Sociales y Humanas
© Sello Editorial Unipamplona

Rector: Ivaldo Torres Chávez Ph.D
Vicerrector de Investigaciones: Aldo Pardo García Ph.D

Jefe Sello Editorial Unipamplona: Caterine Mojica Acevedo
Corrección de estilo: Sergio Alexander Hoyos Contreras
Diseño y diagramación: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho
Portada: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho

Hecho el depósito que establece la ley. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, sin permiso del editor.



Piedad Mariana

Fe y tradición que une a los pueblos

Ivaldo Torres Chávez
Monseñor Jorge Alberto Ossa Soto
Richard Mora Espinosa Pbro
Sergio Alexander Hoyos Contreras
Silvia Ivanna Bohórquez Camacho
Ruby Socorro Jaimes Ramírez



“Formando nuevas generaciones con
sello de excelencia comprometidos
con la transformación social de las
regiones y un país en paz”



Vicerrectoría de
INVESTIGACIONES
UNIPAMPLONA

Dedicatoria

Con motivo de los 65 años de la fundación de la Universidad de Pamplona, agradezco al alma mater la elaboración de este libro de investigación de la fe y devoción Mariana en nuestro territorio. Esta obra permite ver como la presencia de la Santísima Virgen María ha estado de la mano con el desarrollo y crecimiento de nuestros pueblos, sembrando en ellos virtudes fundamentales que han ayudado a fortalecer el espíritu de paz y de unidad en las familias de nuestra Región.

La universidad tiene como tarea la investigación holística, dando la posibilidad de tener la amplitud del conocimiento universal, esto tiene sus cimientos en la visión de la iglesia que propagó esta manera de pensar en la creación de las universidades para conducir a un conocimiento amplio, es allí donde se aplica verdaderamente la palabra Katholikós (católico) que significa universal.

Nuestra Universidad de Pamplona tiene orígenes cristianos, sus cimientos están fundados en la doctrina de la iglesia católica que siempre desea ampliar el pensamiento humano. Desde su nacimiento, de manos del sacerdote Rafael Faría Bermúdez, nunca ha estado cerrada a estas posibilidades de investigación como lo representa la obra que bendigo con cariño.

Pido a Dios bendiciones abundantes, bajo al amparo maternal de la Santísima Virgen María, para nuestra apreciada Universidad de Pamplona, que demuestra su fe y profesa su amor a Dios como apoyo incondicional a la construcción de una nueva sociedad en paz.


† **Jorge Alberto Ossa Soto**
Arzobispo de Nueva Pamplona

Tabla de Contenido

PRESENTACIÓN	11
PRÓLOGO	13
CAPÍTULO I	
LABATECA, NORTE DE SANTANDER - NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS	25
CAPÍTULO 2	
SALAZAR DE LAS PALMAS,	51
NORTE DE SANTANDER - NUESTRA SEÑORA DE BELÉN	51
CAPÍTULO III	
CÁCHIRA, NORTE DE SANTANDER -	65
VIRGEN DE LA LAJITA	65
CAPÍTULO IV	
SANTO DOMINGO DE SILOS,	81
NORTE DE SANTANDER -	81
NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA	81
CAPÍTULO V	
BOCHALEMA, NORTE DE SANTANDER -	95
VIRGEN DE LA CUEVA SANTA	95
HIMNO AKATISHTOS	117

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Detalle del camarín que alberga la imagen venerada de la Virgen de las Angustias.	30
Figura 2. Interior del templo dedicado a la Virgen de las Angustias en Labateca.	32
Figura 3. Pila bautismal tallada en una sola piedra por artesanos indígenas	35
Figura 4. Talla religiosa en madera adornada con pequeños exvotos metálicos que representan las partes del cuerpo que necesitan sanación.....	36
Figura 5. Momento de veneración en el interior de la iglesia de Labateca, donde los fieles se acercan devotamente, manifestando la fe y el compromiso espiritual de la comunidad con la Virgen de las Angustias.	37
Figura 6. Vista panorámica de la nave central de la iglesia de Labateca con sus características columnas, arcos y vitrales.....	40
Figura 7. Imagen de la Virgen de las Angustias en su marco dorado, adornada con flores blancas y púrpuras.....	42
Figura 8. Santuario de la Virgen de Belén en Salazar, Norte de Santander, con la imagen en el arco azul celeste adornado con flores y rodeada de naturaleza.....	53
Figura 9. Ofrenda devocional a la Virgen de Belén en Salazar con cirios encendidos y pequeñas imágenes religiosas. .	55
Figura 10. Procesión de la Virgen de Belén en Salazar, donde fieles se reúnen en el templo con la imagen. El sacerdote encabeza la celebración con la comunidad.	57
Figura 11. Bendición de la imagen de la Virgen de Belén durante la celebración en el templo de Salazar, Norte de Santander, donde sacerdotes realizan el acto litúrgico..	58
Figura 12. Imagen de la Virgen de Belén en Salazar, Norte de Santander, bajo ornamentación religiosa que testimonia la devoción a esta advocación mariana en la región.	59
Figura 13. Vista panorámica de Cáchira, Norte de Santander, mostrando el valle donde se asienta el pueblo y la exuberante vegetación que lo rodea, un entorno típico de la provincia colombiana.	66

Figura 14. Detalle de la histórica imagen de la Virgen de la Lajita, venerada como patrona de Cáchira, enmarcada en su reliquiario dorado.	68
Figura 15. La Iglesia Parroquial de Cáchira resalta en el centro del pueblo, con su característica cúpula dorada rodeada de naturaleza montañosa y el cielo despejado, reflejando la riqueza religiosa y cultural de la región.	71
Figura 16. Imagen de la Virgen de la Lajita, la advocación mariana venerada en Cáchira, Norte de Santander.	77
Figura 17. Procesión en honor a la Virgen de la Candelaria en Silos, donde fieles encienden cirios amarillos como ofrenda devocional a “La Cacica”	82
Figura 18. Celebración eucarística en honor a la Virgen de la Candelaria en la iglesia de Silos, con sacerdotes en el altar junto a la imagen de “La Cacica” adornada con flores amarillas y blancas, mientras fieles han encendido cirios en acto de fe y devoción.	83
Figura 19. Procesión encabezada por el Cacique.	85
Figura 20. Pobladores danzan en torno a la imagen de “La Cacica” en su tradicional procesión.	85
Figura 21. Representación del cacique en el templo de Silos durante la celebración de la Virgen de la Candelaria.	86
Figura 22. Representación del Cacique junto con autoridades eclesiásticas	87
Figura 23. Imagen de la Virgen de la Candelaria, patrona de Silos, Norte de Santander.	88
Figura 24. Interior del santuario de la Virgen de la Cueva Santa en Bochalema, Norte de Santander.	99
Figura 25. Virgen de la Cueva Santa en Bochalema, Norte de Santander.	102

PRESENTACIÓN

El presente texto nace de un acto de fe y de una apropiación de la cultura de Pamplona de Indias, la Nueva Pamplona. Desde la Universidad de Pamplona, somos conscientes de la gran deuda que adquirimos en el reconocimiento de José Rafael Faría Bermúdez, fundador de nuestra Alma Mater. Pero no solo radica allí una relación intrínseca que se incrusta en la vida de nuestros objetivos, también, entablamos un diálogo directo, cercano, respetuoso, imperante, con toda la herencia que la educación católica le ha dejado a la ciudad de Pamplona y al país. Las banderas de la formación humana las hemos aprendido de la doctrina cristiana y allí encontramos una fuente insondable de riqueza a la que debemos acudir con recurrencia.

Ceñidos a estos principios, a través de la Vicerrectoría de Bienestar y Extensión Social, hemos realizado el proyecto de extensión: Devoción Religiosa Mariana e Identidad Cultural. Este proyecto vinculó diferentes personas de nuestra casa de estudios que realizaron una búsqueda exhaustiva de las tradiciones religiosas alrededor de la devoción mariana en la Arquidiócesis de Nueva Pamplona, con el propósito de llevar a cabo una mirada sobre los relatos sagrados que nuestras comunidades viven en su fe y como la Santísima Virgen María los acompañaba, inclusive desde los tiempos de la Conquista y la Colonia. Este proyecto, exploró durante un año material de archivo, entrevistó a distintos agentes de la vida religiosa y cultural de estas comunidades, descubrió relatos y testimonios de fe que quisimos dejar en este libro, con el único propósito de dar razón de la presencia milagrosa de María en nuestros pueblos peregrinos.

PRÓLOGO

María, un inicio y un final, una historia llena de fe y amor maternal

Interpretación exegética de Jn 2, 1-5 / Jn 19, 25-27

Padre Richard Mora Espinosa

Exégeta del Pontificio Instituto Bíblico de Roma

La fe, para muchos, es considerada una manera de vivir la práctica de una determinada religión, algo muy condicionado a solo ritos, rituales, actividades de culto, veneración o adoración a un Ser superior; pero hablar de fe es mucho más, es saber que por muy capaz que se sienta el hombre siempre tendrá en frente misterios que lo superan y realidades que lo sobrepasan. La fe es una respuesta, no es una actitud de iniciativa, esto indica que el mundo está constituido por una dinámica permanente de causa y efecto que da lógica humana a ciertas realidades o intenta dársela, pero otras no tienen explicación. No todo tiene una respuesta lógica, ni todo está bajo el domino de un pensamiento estructurado y racional.

El mundo supera al hombre. En otros términos, pudiéramos decir que la creación supera al pensamiento humano porque el hombre ha desarrollado su ser a partir de lo que la creación le permite conocer. Sentirnos superados es lo que ha permitido que el hombre nunca deje de enfrentarse a sí mismo y a los misterios que lo rodean, sin misterios no habrá crecimiento personal, intelectual y porque no decirlo, espiritual.

Nuestro deseo es mostrar la profundidad de un plano que no se puede desconocer, pero tampoco se puede corroborar de manera práctica, medible, controlable o evidenciarlo en cantidades, formas o sentidos, como estamos acostumbrados a hacerlo con las cosas que nos rodean, de hecho, el no hacerlo nos genera ansiedad, frustración

o ira. No todo está bajo el control del hombre, lo hemos dicho insistentemente, es por eso por lo que existen planos humanos más allá de su propio control y no porque no los podamos controlar quiere decir que no existen. Son tantos, variados e infinitamente personales, que el solo imaginarlos nos conduce a un universo insondable e inmenso.

Este plano propio del hombre por su esencia es el nivel espiritual que todos tenemos, necesitamos, usamos y urgimos en algunas ocasiones. Cuerpo y espíritu, componentes fundamentales de un ser que piensa, actúa, decide y se confronta. Uno necesita del otro y sin ellos no será nunca plena la existencia. Este ámbito espiritual nos permite tener una conciencia de algo que nos supera en el interior, esa certeza de que existe la idea, tan debatida, complementada y definida de la existencia de Dios.

Dios no es una creación de la mente humana, es la respuesta a muchas incógnitas que el hombre ha tenido, respuestas en ocasiones sin la lógica que esperamos, pero con la razón y el sentido suficiente para saber que si existe y si está ahí. La Sagrada Biblia describe a Dios como el viento, no se sabe de dónde viene ni a donde va, pero se hace sentir en una suave brisa o en una gran tormenta. El hombre es equilibrio y este le da el verdadero sentido al ser humano. ¿Dónde buscar ese equilibrio? Puede ser en la suave brisa o en medio de la tormenta. Ahí es donde Dios actúa y dónde lo ha hecho siempre.

Reconocer a Dios no es un tema de religiones o conceptos preconcebidos, es un tema que va más allá de la misma condición humana, todos reconocemos, queramos o no, que muchas cosas nos superan, iniciando por la grandeza de la creación, como lo dijera Santo Tomás de Aquino en sus cinco vías racionales del conocimiento de Dios.

Lo importante de la presencia de un ser superior en nuestra vida no es un tema de creencias, sino de reconocer lo que sentimos, Dios actúa en los sentimientos y estos no se describen, sencillamente se sienten. Por lo tanto, aprender a sentir a Dios es una actitud de quien se deja superar en lo que no domina ni conoce y se deja conducir por algunos caminos inexplorados, que son inhóspitos o sencillamente desconocidos, pero sabemos que al final del camino hay algo que

nos llena y nos complementa, de allí que a Sagrada Biblia indica que Dios es amor en la primera carta de San Juan (1Jn 4,8), porque el sentimiento del amor nos conduce con la misma dulzura y realidad que Dios lo hace, nos motiva a seguir aunque no conozcamos el camino, pero con la certeza de que lo que nos espera es bueno y satisfactorio.

La sociedad moderna ha querido opacar a Dios, sacarlo de la escena, aunque nunca han podido, siempre desean sembrar una mentalidad de que sin Dios se puede vivir, pero toda historia, inclusive las que más se consideran ateas, han terminado reconociendo que el Ser superior está ahí, y nunca se irá.

Esta búsqueda de Dios orienta la búsqueda del sentido de la vida. El hombre siempre está en busca del sentido, de lo que es, de modelos y maneras de vivir, quiere identificarse con algo o con alguien, desea darle una lógica a su vida, es como diría Viktor Frankl, un hombre en busca de sentido y esa búsqueda lo ha conducido inevitablemente a Dios. La angustia, el dolor, la decepción e inclusive la muerte, nos genera un deseo inconsciente de buscar un sentido a todo ello, muchos invocan a Dios sin ser conscientes de que lo hacen, pero lo tienen como la única referencia que les queda.

El plano interior del hombre ha sido subvalorado y parcializado en la relación directa con una religión determinada, pero la fe va más allá de eso. Convencerse de la existencia de elementos que no están bajo nuestro control o alcance hace que la fe sea la base del creer y, creer nos hace darle sentido a nuestra vida, empezando por ser conscientes de nuestra propia vida. Esta fe nos ayuda a trascender, ir más allá, ver el horizonte sin identificarlo, buscar un camino y seguirlo sin estar seguros de su destino o su final, vivir día a día con la motivación de crecer y ser una mejor versión de nosotros cada día. No conocemos el mañana, es por eso por lo que cada día tiene su propio afán (Mt 6,34), pero el destino lo vamos buscando dando un paso a la vez.

En la historia de todas las culturas siempre ha existido el componente espiritual, creer y tener fe en algo hace que la sociedad sea más ordenada, tenga mayor sentido de comunidad y reconocimiento del otro, ayuda a que podamos tener códigos de convivencia y ser capaces de no atentar contra la libertad o dignidad de quien es igual

a mí. Cuando estos valores desaparecen, cuando el concepto de Dios no está o la fe se desvanece, el hombre empieza a perder el sentido que había encontrado de luchar por muchas cosas que son intangibles, que son trascendentales, que valen mucho más que lo que se puede contar o medir.

De esos valores inalienables y trascendentes es que deseamos hablar, no para presentar postulados o ideologías que deben aceptarse porque así se ha dicho, sino ofrecer un camino que ayude a crear sentidos sólidos y reales en una vida que necesita el equilibrio de lo que vivimos a diario y lo que experimentamos internamente, aunque no sepamos que es. La vida de fe nos ayuda a vivir convencidos, motivados, animados y con el deseo de superación. Muchos estudios han determinado la fe como un combustible interno y personal que motiva a cumplir metas, alcanzar logros y hasta curar enfermedades físicas y mentales.

Dios ha usado muchas maneras para hacerse sentir en medio de la humanidad, inicia a realizar su obra en el corazón del hombre y en su mente de cada uno, siempre de manera particular. Dios no es una idea preconcebida, es una experiencia que nos permite descubrirlo, sentirlo e intentar comprenderlo. Para muchas culturas antiguas la existencia de Dios los ha acompañado desde el inicio de su propia existencia. Culturas precolombinas, prehispánicas, anglosajonas, indoeuropeas, africanas, hindúes, orientales, todas ellas han concebido la existencia de Dios, unas expresiones más extendidas que otras, pero todas coinciden en que el Dios creador ha perfeccionado su obra con la aparición del hombre y la mujer, seres que superan a las demás criaturas en sabiduría, conocimiento y conciencia. En la Sagrada Escritura se habla del hombre creado a "imagen y semejanza de Dios" (Gn 1,26) como ejemplo y condición de dominación de toda la creación (entiéndase dominación como administración de toda la creación).

Para la Biblia esta característica de la imagen y la semejanza de Dios se debe interpretar en el contexto judío en el cual se escribió, entendiendo la imagen como la razón del hombre y la semejanza como la voluntad. Toda la narración del libro del Génesis, especialmente en los primeros cuatro capítulos se basan en una concepción del hombre que debe usar estas dos condiciones especiales recibidas del creador, para poder identificar con su razón lo que es bueno y lo que no lo es,

con la voluntad, debe desarrollar la capacidad de aceptar lo bueno y rechazar lo malo. Estas metáforas extendidas pedagógicamente a lo largo de los primeros once capítulos del Génesis, permiten hacer una descripción de como el hombre empieza a enfrentarse a su realidad, a tomar responsabilidades usando su razón para determinar el verdadero camino, educando y fortaleciendo la voluntad para tomar buenas decisiones.

La Biblia es un instrumento de reconocimiento antropológico y de su conexión con Dios, pero sobre todo es un aprendizaje permanente de búsqueda y reconocimiento del ser, de la humanidad que busca siempre su propósito, pero debe aprender de sus errores, si lo logra podrá encontrar el camino de la sabiduría que se vuelve una guía para el encuentro consigo mismo y con Dios. Este es el verdadero sentido de la humanidad.

La revelación de Dios al hombre se hace por medio de su propia humanidad, de su lenguaje, de su aprendizaje y de su trascurrir histórico. El hombre solo aprende y reconoce lo que le es familiar porque lo nuevo, diferentes o desconocido lo rechaza. Es por eso por lo que la Biblia presenta una historia denominada de salvación, es decir, un camino para que el hombre reconozca su razón de ser y sea capaz de encontrarle sentido a todo lo que le rodea. El hombre está siempre en busca sentido a lo que hace y la Sagrada Escritura le permite conocer una realidad histórica de aciertos y desaciertos, de logros y fracasos, pero sobre todo de reconocimiento de Dios que guía a quien se deja guiar, logrando sus objetivos y conduciendo a los demás al camino correcto.

En esta larga e irregular historia de salvación, acontecieron muchos eventos tan diversos como sorprendentes, cayeron grandes naciones y se levantaron pueblos pequeños. El orgullo fue vencido por la humildad y el poder de la fuerza por la actitud generosa y tolerante. El hombre aprende de sus fracasos y crece con sus aciertos, pero siempre necesita ejemplos que seguir.

Ante esta necesidad, la Biblia presenta la promesa de un Mesías Salvador quien nos mostrará el camino, quien nos dirá que hacer y cómo hacerlo. Pero Dios, que sabe cómo conducir al hombre, no deja nada al azar, prepara el camino y eleva su presencia en el mundo cumpliendo la promesa. Es aquí donde aparece un personaje

muy enigmático, fuerte y de presencia sutil, una mujer de Nazaret, doncella, prometida en matrimonio, consagrada al templo de Jerusalén y concebida sin pecado original. Su nombre habla de su grandeza y su origen, de su humildad.

María es su nombre, y es la mayor manifestación de Dios en la historia, en ella Dios se deja ver, se manifiesta sin reparo en la misma humanidad que creó. El creador se hace criatura y se encarna en el vientre de una doncella que no ha conocido varón (Lc 1,34). Este misterio llamado encarnación ha marcado la historia de la humanidad, el nacimiento del Hijo de Dios le permitió al mundo moderno hablar de dos etapas de la historia, y aunque algunos se consideren no creyentes, siempre tendrán que referirse a la historia del hombre como antes de Cristo y después de Cristo. La historia se partió en dos en la plenitud de los tiempos y el calendario occidental empezó a contar los años desde el nacimiento del Hijo de Dios encarnado en el vientre de María de Nazaret.

La historia hace que el protagonista de este insólito hecho, Jesucristo, nos permita fijar la mirada en el arca de la nueva alianza que presta su vientre para que Dios deposite su palabra y cumpla la promesa hecha a lo largo de la historia de salvación, que el verbo se hace hombre y habita entre los hombres (Jn 1,14).

El evangelio de San Juan es el último de los cuatro evangelios en escribirse, a finales del siglo primero, pero a su vez, es el evangelio que medita, profundiza y reorienta la obra de Dios en la historia estableciendo la nueva alianza. No relata la infancia de Jesús como si ocurre en los evangelios de San Mateo y San Lucas, pero presenta en el prólogo de su evangelio el sentido de la encarnación del verbo y resalta, de una manera sublime, el protagonismo de María como Madre, como creyente y como discípula de su Hijo, del Hijo de Dios. Meditar los textos de San Juan donde aparece María como protagonista, nos permite entender su papel fundamental en la historia de salvación y el modelo de vida que buscamos encontrar para tener el equilibrio de nuestra humanidad, y nos ayuda a entender por qué el mundo ha encontrado en la devoción Mariana un soporte a tantos momentos de alegría y dolor, sufrimientos y alivio, enfermedad y sanación interior.

María de Nazareth, protagonista silenciosa de la historia de la humanidad

San Juan define la misión de María en estos dos versos: Jn 2,1-5; Jn 19,25-27, solo en dos ocasiones aparece la madre del Señor, pero con ello basta para poder identificar su rol, su protagonismo y el ejemplo a seguir de quien desea encontrar un sentido a la vida. En primer lugar, aparece como creyente (Jn 2,1-5) y segundo lugar como madre de los discípulos y de la Iglesia (Jn 19,25-27).

Esta progresiva toma de conciencia de la misión de María, que presenta san Juan, no debe explicarse sencillamente por motivos psicológicos: refleja una inteligencia cada vez más profunda del misterio mismo de Jesús, inseparable de la “mujer” de la que había querido nacer.

Para entender el paso de María creyente a madre de la Iglesia debemos mirar el amplio contexto bíblico que ha tenido su nombre:

María, Reina Señora.

María aparece en primer lugar semejante a sus contemporáneas. Como lo atestiguan las inscripciones de la época y las numerosas Marías del N.T. su nombre, llevado en otro tiempo por la hermana de Moisés “Miriam” (Ex 15,20), era muy común en la época de Jesús. En el Arameo de entonces significaba probablemente “Reina o Señora”. Lucas apoyándose en las tradiciones de Palestina presenta a María como una piadosa mujer judía, fielmente sumisa a la ley (Lc 2,22.27.39), expresando en los mismos términos del Antiguo Testamento las respuestas que da el mensaje divino (Lc 1,38); su Magnificat en particular, es una compilación de salmos y se inspira principalmente en el cántico de Ana (Lc 1,46-55; 1Sam 2,1-10).

Lucas transmite una tradición palestinese que conservó no tanto las palabras de María, cuanto el sentido de su oración, modelo del pueblo de Dios. Según la forma clásica de un salmo de acción de gracias y sirviéndose de los temas tradicionales del salterio, celebra María un hecho nuevo; el reino de Dios está presente en su Hijo. Aquí se muestra a María totalmente al servicio del pueblo de Dios. En ella y por ella se ha anunciado la salvación y se cumple la promesa; en su propia pobreza se realiza el misterio de las bienaventuranzas.

La fe de María es la misma del pueblo de Dios: una fe humilde que se ahonda sin cesar a través de las oscuridades y de las pruebas, por la mediación de la salvación, por el servicio generoso que ilumina poco a poco la mirada del que es fiel a Dios (Jn 3,21; 7,17; 8,31). Debido a esta fe muy atenta a guardar la Palabra de Dios, Jesús mismo proclamó bienaventurada a la que le había llevado en sus entrañas (Lc 11,27).

En el hermoso himno del Magnificat manifiesta que no es una mujer cualquiera porque rebasa pronto su gratitud personal con el mensajero de Dios (Lc 1,46-49), para prestar su voz a la raza de Abraham con reconocimiento y júbilo (Lc 1.50-55).

María Creyente (Jn 2,1-5)

La presencia de María en la vida madura de Jesús toma una nueva condición, siempre estando a su lado, es por eso que según san Juan, al iniciar su misión en Caná de Galilea, sus palabras a María ya tienen un reconocimiento de una creyente más que de una Madre: “mujer déjame” (Jn 2,4), estas palabras ya no son tanto las de un hijo, como las del responsable del Reino de Dios que invita a su progenitora a formar parte de su misión, de esta manera San Juan reivindica en Jesús su independencia de enviado de Dios, tras la invitación de María a ver la necesidad de ofrecer “vino de salvación” al mundo, seguramente una invitación de san Juan, a ver la entrega de Jesucristo desde su propia sangre.

De este episodio en adelante María desaparece de la escena porque ha dejado de ser la Madre, para convertirse en una de sus discípulas, en otras palabras, desaparece la Madre y aparece la creyente.

María Madre de los discípulos y de la Iglesia (Jn 19,25-27)

El camino que empezó en Caná de Galilea se consuma en la cruz. Simeón, al contarle a María la suerte de Jesús le había anunciado la espada que habría de atravesar su corazón y unirla al sacrificio redentor de su Hijo (Lc 2,34).

Es solo en la cruz donde aparece de nuevo María después de vivir su experiencia de discipulado que la condujo al lugar de suplicio, como signo de la redención del mundo, pero allí asume de nuevo la misión que había dejado de lado en las bodas de Caná. María vuelve

a ser Madre, consuma su maternidad delante de la cruz, donde se encuentra una vez más como protagonista.

Jesús se dirige todavía a ella con la misma solemnidad que cuando inició su vida pública, “Mujer”, esta expresión indica su autoridad como Señor del Reino, ahora le muestra al discípulo presente, le indica que debe retomar la misión que vivió con él a lo largo de su vida: “He aquí a tu hijo”, le dice mirando fijamente a Juan, el discípulo amado, símbolo de todo el discipulado en el evangelio de San Juan. Jesús llama de nuevo a María a una nueva maternidad, pero ya no para Él, sino para toda la Iglesia representada en ese momento en su discípulo amado, este será en adelante su papel para todo el pueblo de Dios. Pueda ser que san Lucas haya querido reforzar este hecho con la presencia de María en actitud de oración y esperando la venida del Espíritu Santo en el libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 1,14), lo que si queda claro es que el mismo Magníficat de Lucas, ya había anunciado la maternidad universal que iba a adquirir María siendo la personificación del pueblo de Dios, como Hija de Sión. (Lc 1,25-55).

María Virgen y Madre

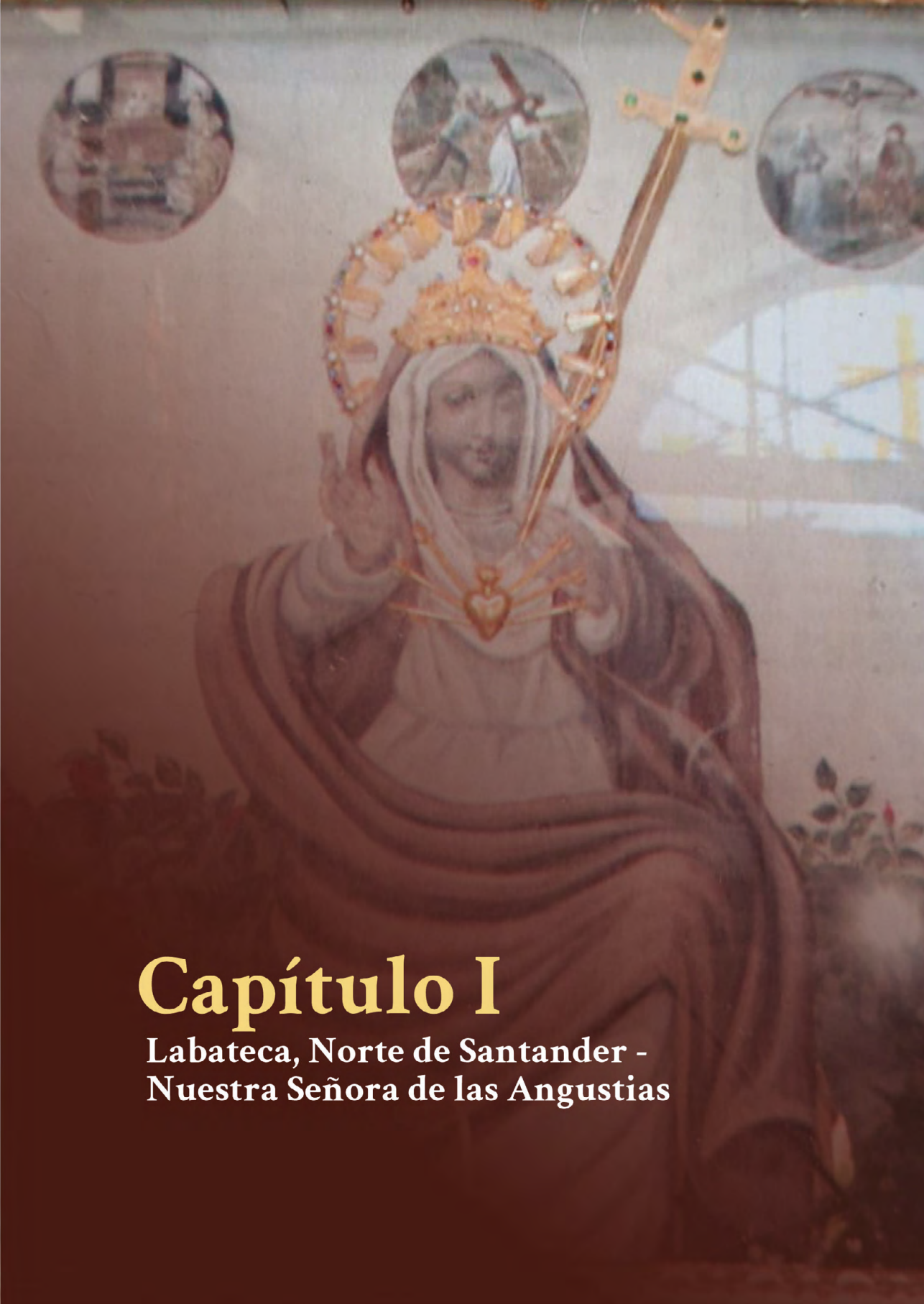
La ley del Levirato escrita en Dt 25,5-10 es la determinación que el pueblo Israelita considera seriamente el hecho de no abandonar a ninguna mujer, sino que debe ser “rescatada” después de la viudez por el hermano del esposo o un familiar, en el caso de que no haya o no quiera tomarla, pero nunca puede quedar sola ya que su único destino sería la prostitución. Eso demuestra el nivel de desigualdad que existía en el mundo judío entre el hombre y la mujer.

Jesucristo como verdadero judío conocía las leyes y esta en especial, ya que involucraba la viudez y abandono de su propia madre, es por eso por lo que el evangelio de San Juan coloca esas frases como trasfondo de la misión maternal de María con la Iglesia. Antes de morir, Jesús debía dejar a su madre viuda, bajo el cuidado de alguien y es el apóstol Juan, su discípulo amado, quien toma esta responsabilidad otorgada por el mismo Jesucristo.

Este hecho expresado en el ambiente del cuarto evangelio, demuestra muchas cosas teológica e históricamente, entre ellas la imposibilidad de que María quedara sola en un mundo judío hostil con las mujeres,

pero de igual manera, que no tenía más hijos de su propio vientre, ya que si existieran, estos tenían la obligación, so pena de muerte, de llevarla para su casa y unirla a su familia, ya que una mujer solo era “rescatada” cuando quedaba viuda y sin hijos, es por eso que el episodio de la cruz que recordamos en cada sermón de las siete palabras, es a su vez una clara prueba de la virginidad de María antes, durante y después del parto.

La Santísima virgen María es la Madre de la Iglesia, acompaña, guía y orienta la vida de quienes se acercan a ella para buscar la intercesión ante su Hijo y cumpliendo la misión encomendada, siempre nos responde luego de haberlo hecho “hagan lo que Él les diga” (Jn 2,5). La devoción a la Madre de Dios ha acompañado la vida de la fe y de los cristianos a lo largo y ancho de todo el mundo católico, son infinitas las advocaciones de la Santísima Virgen que ayudan a encontrarnos con el misterio de la encarnación y a contemplar las verdades de fe que le dan sentido a nuestra vida y equilibrio a nuestras emociones. Estas advocaciones de nuestra región, que este libro presenta, es una manera de conocer como la historia de Dios también ha llegado a nuestra casa y nos ha permitido reconocer que la intercesión de la Madre de Dios es la primera sentida en el cielo. Conozcamos más de la acción de Dios en nuestra historia y dejémonos seducir por Él. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1Tm2,4).



Capítulo I

Labateca, Norte de Santander -
Nuestra Señora de las Angustias

CAPÍTULO I

Labateca, Norte de Santander – Nuestra Señora de las Angustias

AÑO APROXIMADO DE LA APARICIÓN: 1560.

UBICACIÓN GEOGRÁFICA DE LA APARICIÓN: VEREDA BOCHAGÁ.

IMAGEN DE LA VIRGEN MARÍA: NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS.

FIESTAS ANUALES:

2 de febrero

Fiesta de la Presentación
del Señor, Nuestra
Señora de la Candelaria.

15 de febrero

Fiesta Patronal.

15 de agosto

Asunción de la
Santísima Virgen al Cielo.

21 de noviembre

Fiesta del Voto.

En las montañas nortesantandereanas, donde las cordilleras se elevan hacia el cielo como volcanes sagrados, se encuentra Labateca, cuyo nombre en dialecto chitaro-tunebo significa precisamente “Volcanes de Dios”. Este territorio, que hoy conocemos como el Valle de las Angustias, fue hogar ancestral de la tribu Bateca, una comunidad indígena organizada en doce cacicazgos que se distribuían estratégicamente por toda la región desde aproximadamente el año 1500.

Como explica Luz Helena Duran Meneses, Bibliotecaria Pública y Apoyo de Cultura en Labateca: “Para poder hablar de la advocación mariana y de la aparición de la virgen, primero tendría que ir a nuestros inicios, el municipio de Labateca fue constituido por la tribu Bateca quienes estaban repartidos en 12 cacicazgos distribuidos en el territorio donde cada uno fue conformando su vivencia, su laboriosidad en cada territorio”.

De este modo, el cacique Bateca, conocido como “el Titán del Valle”, estableció su residencia en la parte alta del actual municipio, desde donde dirigía y organizaba a las diferentes tribus subordinadas. Este sistema

de cacicazgos, documentado en fuentes coloniales, representaba una forma compleja de organización política que caracterizaba a los pueblos indígenas del norte de Colombia antes de la llegada española.

Además, la investigación histórica confirma que hacia 1555, el general Pedro de Ursúa concedió las encomiendas de Bochagá, territorio donde dominaba el cacique del mismo nombre. Estas tierras fueron encomendadas a don Enrique Durán y a su primo, marcando así el inicio del proceso de evangelización y colonización que transformaría para siempre la vida de los pueblos originarios.

La Aparición Milagrosa: El Encuentro Sagrado en las Aguas del Jordán

En este contexto que surge la tradición de la aparición de la Virgen de las Angustias, la cual se remonta aproximadamente al año 1560, en el territorio de los indígenas Bochagá, ubicado en lo que antiguamente se conocía como Pueblo Viejo, en las cercanías del río Jordán. Así, la tradición, preservada por siglos en la memoria colectiva del pueblo, relata un acontecimiento que cambiaría el destino espiritual de toda la región.

De acuerdo con el testimonio de Luz Helena Duran Meneses, los detalles transmitidos por generaciones permiten comprender lo siguiente: “La aparición de la virgen ocurrió en la tribu de los Bochagá ubicada en el territorio del río Jordán de la vereda Bochagá, antiguamente llamada Pueblo Viejo, que era donde vivía el indígena Francisco y su esposa María; una tarde cualquiera María se acercó al riachuelo donde lavaba su ropa sobre una piedra, y estando ella en ese oficio, de repente vio bajar por el riachuelo, un lienzo criollo, torcido, maltrecho, sucio, mugriento”.

No obstante, este relato encuentra eco en documentos coloniales que registran el testimonio del indio Tomás Bochagá, quien declaró ante las autoridades españolas: “Que desde sus primeros años hasta ahora está oyendo decir a todos sus antecesores, así naturales o agregados a este valle y a los vecinos de la ciudad de Pamplona, que en uno de los 12 pueblos del partido, llamado Bochagá, encontraron los antiguos un lienzo, que por ser para ellos cosa nunca vista, lo guardaron para mostrarlo como cosa exquisita al muy reverendo padre Alba”.

La transformación milagrosa del lienzo

Por otro lado, el proceso de manifestación de la imagen sagrada no fue instantáneo, sino gradual, como si la divinidad quisiera preparar paulatinamente a los corazones de los fieles para recibir tan gran don. Duran Meneses continúa su relato: “Ella lo recogió del riachuelo, lo colocó en su lavadero y se puso a restregarlo, ella terminó y fue y lo colgó en un rosal mientras seguía lavando sus ropas y ya al reclinar la tarde ella fue a recoger la ropa cuando de sorpresa vio que en el lienzo que ella había lavado, aparecía una imagen, eran facciones banas pero que vislumbraba una imagen”.

A su vez, el Padre Oriel Angarita González, párroco actual de Labateca, ofrece una perspectiva complementaria sobre este acontecimiento milagroso, según él, la historia data más o menos del 1560 y cuenta que en una vereda de Toledo que actualmente se llama Bochagá, existían los Indios Bochagá y una India María Berbesí que estaba lavando junto a una quebrada, lavó un pañuelo y lo puso a secar sobre un rosal, y allí se fue plasmando una imagen y que luego ella fue venerando en su propia casa, en su choza en ese entonces.

De igual forma, la tradición señala que la imagen se fue definiendo progresivamente, manifestándose con mayor claridad a medida que crecía la fe y devoción de quienes la contemplaban. En pequeños círculos alrededor de la figura central, comenzaron a aparecer las representaciones de los momentos más dolorosos de la Pasión de Cristo, que hoy conocemos como los siete dolores de la Virgen María.

La llegada de los evangelizadores y el reconocimiento eclesiástico

En paralelo, la presencia evangelizadora en la región estaba a cargo de los padres dominicos, quienes habían llegado desde Pamplona para llevar la doctrina cristiana a los pueblos indígenas. En Labateca se encontraba el padre Alba, quien sería protagonista fundamental en el reconocimiento y custodia de la imagen milagrosa.

Como relata Duran Meneses: “En ese entonces estaba el padre Alba quien era el párroco de acá de la tribu Bateca donde estaba el cacique, cuando empieza la correría que hacen ellos por las

respectivas chozas pajisas, hubo la ocasión de visitar Bochagá que era donde estaba la imagen plasmada, allá la tenían los indígenas, cuando el sacerdote vio que era una imagen reconocida como de una virgen, entonces les propuso a los indígenas que la trajeran acá”.

El traslado sagrado y el establecimiento del culto

De ahí que la decisión de trasladar la imagen desde Bochagá hasta Labateca respondía a criterios tanto prácticos como espirituales. En Labateca ya existía una capilla y había presencia permanente de un sacerdote, mientras que Toledo aún no había sido constituido como entidad eclesiástica independiente.

Duran Meneses describe este momento histórico con estas palabras: “Entonces ya concretaron los frailes que había que recoger las casas pajisas, las tribus, y traerlas a formar una sola, eran 12, pero de las 12 recogieron 5, esas 5 vinieron a formar la que es Labateca actualmente, entonces se trajeron junto con el indígena a Francisco y María a la imagen de la virgen, cuando la trajeron y se la mostraron aquí al Padre Alba nuevamente, ya eran más visible las facciones de la imagen”.

De esta manera, este proceso de congregación de las tribus dispersas en un núcleo urbano organizado era parte de la política colonial de reducción de pueblos indígenas, facilitando así tanto la evangelización como el control administrativo.

La advocación de las angustias: Teología y Simbolismo

Los Siete dolores de María

En consecuencia, la denominación de “Nuestra Señora de las Angustias” no es casual, sino que responde a la iconografía específica que se manifestó en el lienzo sagrado. El Padre Angarita explica con precisión teológica: “En esta parroquia se venera a la santísima virgen maría bajo la advocación de nuestra señora de las Angustias; por qué este nombre, porque alrededor de la imagen de la virgen que es un lienzo que data más o menos de 1560 hay la efigie de los 7 dolores de la santísima virgen, 7 momentos de la vida de la santísima

virgen donde se muestra el sufrimiento que ella pudo vivir sobre todo alrededor de su hijo Jesucristo”.

Así, los siete dolores, que la tradición católica ha venerado desde los primeros siglos del cristianismo, están representados alrededor de la imagen central:

Primer dolor: La profecía del anciano Simeón durante la presentación de Jesús en el templo, cuando anunció: “a ti misma una espada te atravesará el alma” (Lucas 2,35).

Segundo dolor: La huida a Egipto para proteger al Niño Jesús de la persecución del rey Herodes.

Tercer dolor: La pérdida de Jesús durante tres días en el templo de Jerusalén.

Cuarto dolor: El encuentro de María con Jesús en el camino al Calvario, cargando la cruz.

Quinto dolor: La crucifixión y muerte de Jesús.

Sexto dolor: El descendimiento de Jesús de la cruz y su entrega a los brazos maternos.

Séptimo dolor: La sepultura de Jesús.

Figura 1

Detalle del camarín que alberga la imagen venerada de la Virgen de las Angustias.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

En resumen, esta imagen de la Virgen de las Angustias representa profundamente la devoción al sufrimiento maternal de María. En el lienzo, las efigies que la rodean acompañan ese sentimiento de dolor y compasión, mientras que su corazón atravesado por siete espadas simboliza los siete dolores que sufrió a lo largo de su vida. Una de las espadas, más grande que las demás, alude a la profecía del anciano Simeón: “una espada te traspasará el alma”. Por ello, en Labateca se le venera con el nombre de nuestra Señora de las Angustias, como signo del amor inquebrantable y el profundo sacrificio de la madre ante el sufrimiento de su hijo.

Por otro lado, esta advocación adquiere características particulares al fusionarse elementos de la religiosidad indígena y mestiza. La aparición en Labateca representa un ejemplo paradigmático de esta síntesis cultural, donde lo sagrado se manifiesta en el marco de la vida cotidiana de los pueblos originarios.

La fundación de la cofradía

Posteriormente, once años después de la visita del oidor Villabona, el 4 de julio de 1633, los caciques del pueblo de Labateca fundaron la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias, siendo aprobada por el doctor don Bernardino de Almanza, arzobispo del Nuevo Reino de Granada. Esta cofradía se convertiría en una de las más importantes y prósperas de la región, tanto desde el punto de vista económico como social.

En ese sentido, la cofradía organizaba las festividades anuales en honor a la Virgen, que inicialmente se celebraban durante los tres primeros días de febrero. El primer día correspondía a los españoles, el segundo a los indios naturales del pueblo, y el tercero a los forasteros, evidenciando la estructura social estratificada de la época colonial.

En lo referente a la fundación oficial de la parroquia ocurrió en 1719, como confirma el Padre Angarita: “La parroquia entonces le dio ese nombre: Nuestra Señora de las Angustias, por este lienzo que había aparecido y que se estaba venerando desde años antes”. El primer párroco fue Fray Pedro de Andrade y Brito, a quien acompañaron como coadjutores y doctrineros los sacerdotes José Manuel Valdús e Ignacio Nicolás de Buitrago.

Las festividades y el calendario litúrgico

Por otro lado, el calendario religioso y comunitario de Labateca está profundamente marcado por cuatro grandes celebraciones en torno a la Virgen de las Angustias, cada una con significado histórico, devocional y social propio.

La primera de ellas es el 2 de febrero, día de la Candelaria o Presentación del Niño Jesús en el templo. Antiguamente era el cierre de una prolongada feria que se extendía desde noviembre y en la que la imagen recorría las veredas en procesiones acompañadas de veladas, eucaristías y visitas a casas particulares.

La segunda celebración ocurre el 15 de febrero, reconocida como fiesta patronal. Sobre este día, el padre Oriel Angarita aclara que “no es fiesta litúrgica porque la iglesia no nos manda a celebrar ese día

ninguna fiesta a la virgen, sin embargo, aquí en Labateca sí que le celebramos esta fiesta y es como la fiesta patronal”. Explica además que probablemente el origen esté en las antiguas peregrinaciones cuando la imagen regresaba al templo luego de recorrer veredas durante semanas.

La tercera fiesta se celebra el 15 de agosto, día de la Asunción de la Virgen, conmemoración litúrgica universal pero que en Labateca es especialmente significativa por ser la fiesta patronal de la institución educativa local que lleva su nombre.

Figura 2

Interior del templo dedicado a la Virgen de las Angustias en Labateca.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

La cuarta y más trascendente es la del 21 de noviembre, llamada la Fiesta del Voto. El origen de esta memoria se remonta al siglo XVII, cuando unas grietas geológicas amenazaron con desaparecer al pueblo y al templo, situación que aterrorizó a los habitantes. En

medio de la calamidad, se sacó la imagen a la plaza y se le imploró la salvación. Según relata Luz Helena Durán:

“El milagro más trascendental fue el primero que ella hizo: en noviembre, en el siglo XVII se abrieron las grietas en el pueblo... al otro día se cerraron las grietas, las calles quedaron iguales... Ese fue el primer milagro de la virgen”.

De esta manera, este extraordinario acontecimiento estableció una de las tradiciones más arraigadas de Labateca. La fiesta del voto, celebrada cada 21 de noviembre, conmemora aquel milagro fundacional y renueva año tras año la promesa comunitaria de gratitud hacia la Virgen de las Angustias. El padre Oriel Angarita González explica que esta fecha coincide con la fiesta litúrgica de la presentación de la Virgen, lo que añade una dimensión teológica más profunda a la celebración local.

Para los habitantes, este milagro se convirtió en la explicación de la supervivencia misma del pueblo. Los habitantes creen firmemente que es la Virgen de las Angustias quien mantiene y sostiene al municipio, protegiéndolo de futuras catástrofes e intercediendo constantemente por el bienestar de sus hijos.

Los milagros contemporáneos y el testimonio de la fe

En la actualidad, la devoción a la Virgen de las Angustias no se limita a los acontecimientos legendarios del pasado, sino que continúa manifestándose en la experiencia cotidiana de los fieles contemporáneos. Luz Helena Duran Meneses, con su larga trayectoria como funcionaria cultural del municipio, ha sido testigo directo de numerosos testimonios de fe y ha vivido en carne propia la intercesión mariana. Como paciente crónica que ha estado en varias ocasiones en unidades de cuidados intensivos, atribuye su supervivencia a la intercesión de la Virgen, a quien acudió en oración durante sus momentos más críticos.

Incluso, los testimonios locales documentan diversas formas de protección divina en situaciones de peligro cotidiano. Uno de ellos, particularmente impactante ocurrió en las inmediaciones de la actual biblioteca municipal, donde una motocicleta perdió los frenos y se desplazó cuesta abajo por las empinadas calles del pueblo. La moto,

con una pareja joven y su bebé a bordo, terminó estrellándose entre las piedras del lugar, pero los ocupantes, que se habían encomendado a la Virgen durante la caída, salieron ilesos del accidente.

Estos relatos que se transmiten voz a voz entre los habitantes refuerzan la creencia popular en la protección constante que la Virgen ejerce sobre su pueblo. No se trata de eventos extraordinarios que ocurren una vez por siglo, sino de manifestaciones cotidianas de una presencia maternal que acompaña a los labatequenses en sus actividades diarias.

El patrimonio material y la memoria histórica

La pila bautismal: testimonio indígena

Entre los elementos materiales que vinculan la tradición cristiana con el pasado precolombino, la pila bautismal del templo parroquial ocupa un lugar de especial significación histórica y simbólica. Esta pieza, tallada en una sola piedra por artesanos indígenas bajo la dirección de Fray Pedro de León en 1654, constituye uno de los pocos testimonios materiales directos que corroboran la continuidad cultural entre los antiguos pobladores Bateca y la comunidad cristiana actual.

Cabe resaltar que la técnica empleada en su elaboración revela la extraordinaria habilidad de los canteros indígenas, quienes lograron trabajar la piedra con precisión utilizando herramientas rudimentarias. Más allá de su valor artístico, esta pila representa la síntesis simbólica entre la tradición ancestral y la fe cristiana: el agua que antes tenía significado ritual en las creencias indígenas se convierte en el elemento sacramental del bautismo cristiano, administrado en un recipiente creado por las mismas manos que antes tallaban ídolos para sus deidades tradicionales.

Figura 3

Pila bautismal tallada en una sola piedra por artesanos indígenas



Fuente: Sergio Alexander Hoyos Contreras (2025)

El lienzo original y su conservación

De igual manera, el lienzo donde se manifestó originalmente la imagen de la Virgen de las Angustias continúa siendo el centro de la devoción popular y objeto de veneración especial por parte de miles de peregrinos anuales. La tradición de permitir el contacto físico directo con la imagen sagrada mantiene viva la conexión entre los fieles contemporáneos y el milagro fundacional ocurrido hace más de cuatro siglos.

En cuanto al camarín donde se custodia la imagen, los peregrinos pueden no solo contemplar el lienzo sino también tocarlo, en una

expresión de intimidad devocional que se ha mantenido prácticamente inalterada desde los tiempos coloniales. Esta accesibilidad contrasta con la práctica de muchos santuarios, donde las imágenes permanecen distantes de los fieles, protegidas tras cristales o rejas. Del mismo modo, el retablo de madera que narra el proceso de la aparición sirve como catequesis visual, permitiendo los visitantes que no conocen la historia puedan comprender mediante imágenes el desarrollo de los acontecimientos milagrosos. Esta tradición de la enseñanza mediante arte religioso continúa cumpliendo la función pedagógica que tuvo durante la época colonial.

No menos importante es la costumbre de colgar “milagritos” alrededor de la imagen perpetua una forma de religiosidad popular que trasciende las barreras culturales y lingüísticas. Estos pequeños objetos metálicos, que representan simbólicamente las partes del cuerpo que necesitan sanación o los favores solicitados, constituyen un lenguaje universal de la súplica que conecta a los devotos contemporáneos con formas ancestrales de expresión religiosa.

Figura 4

Talla religiosa en madera adornada con pequeños exvotos metálicos que representan las partes del cuerpo que necesitan sanación.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

La Fe en el Siglo XXI

Actualmente, la devoción a la Virgen de las Angustias enfrenta en el siglo XXI los desafíos propios de una sociedad en transformación acelerada, donde los valores tradicionales coexisten con las nuevas formas de pensamiento y espiritualidad. Sin embargo, la experiencia de Labateca demuestra que esta advocación mariana mantiene una vitalidad notable, especialmente entre aquellos sectores de la población que han experimentado directamente situaciones de crisis o sufrimiento.

A pesar de ello, la permanencia de la devoción popular a través de generaciones sugiere que responde a necesidades antropológicas profundas que trascienden las modas culturales o las transformaciones tecnológicas. En un mundo caracterizado por la incertidumbre y la aceleración constante, la figura maternal de María ofrece un refugio de estabilidad y protección que resulta especialmente atractivo para quienes experimentan vulnerabilidad o desamparo.

Figura 5

Momento de veneración en el interior de la iglesia de Labateca, donde los fieles se acercan devotamente, manifestando la fe y el compromiso espiritual de la comunidad con la Virgen de las Angustias.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

El mensaje pastoral contemporáneo

En este contexto, la reflexión pastoral del padre Angarita sobre el significado contemporáneo de la devoción a la Virgen de las Angustias articula una síntesis equilibrada entre la tradición popular y la teología oficial de la Iglesia. Su planteamiento central es que toda auténtica devoción mariana debe conducir hacia una relación más profunda con Jesucristo, evitando el riesgo de convertir a María en un fin en sí misma.

Esta perspectiva cristocéntrica de la devoción mariana responde a una preocupación pastoral legítima: que la religiosidad popular mantenga su orientación evangelizadora y no derive hacia formas de sincretismo o sustitución doctrinal. El objetivo último no es venerar a María por sí misma, sino seguir su ejemplo de disciplina y disponibilidad para convertirse en “discípulos misioneros” de Jesús.

Por su parte, la dimensión social de esta espiritualidad se manifiesta particularmente en las intenciones por las cuales los peregrinos acuden al santuario. Las peticiones más frecuentes se relacionan con la salud, las situaciones familiares conflictivas y, de manera muy especial, la paz en los municipios, las familias y las comunidades. Esta última intención resulta especialmente relevante en el contexto del conflicto armado colombiano, donde poblaciones como la de Labateca han experimentado directamente los efectos de la violencia.

Es importante subrayar que la intercesión por la paz no es solo palabras al aire; es una necesidad que nace del dolor real que tantas personas han vivido a lo largo de la historia. Cuando pensamos en la Virgen de las Angustias, la vemos como una madre que comprende el sufrimiento de quienes han sido tocados por la violencia, y que camina junto a ellos en su búsqueda de sanación, reconciliación y un futuro donde puedan vivir en paz.

En ella, quienes han vivido la angustia encuentran no solo consuelo, sino también una voz que intercede por ellos, una presencia maternal que entiende sus heridas más profundas y los acompaña en el difícil camino hacia la reconstrucción de sus vidas y de sus comunidades.

La Identidad cultural y turística

De hecho, la advocación de la Virgen de las Angustias constituye actualmente uno de los elementos más distintivos de la identidad cultural labatequense y representa un potencial considerable para el desarrollo del turismo religioso en la región. La convergencia entre fe, historia, cultura y paisaje natural ofrece oportunidades únicas para un turismo integral que trasciende la mera visita religiosa.

Adicionalmente, el municipio cuenta con más de cien atractivos turísticos urbanos y rurales, incluyendo catorce cascadas naturales, siendo la de Siscatá la más representativa con sus noventa y cinco metros de altura. Esta riqueza paisajística se complementa con el patrimonio histórico y arqueológico, que incluye petroglifos, figuras rupestres y vestigios de la cultura Bateca que antecedió a la evangelización española.

Por si fuera poco, la tradición del café labatequense, con sus características organolépticas particulares —sabor achocolatado y aroma a nueces tostadas— añade un elemento gastronómico que enriquece la experiencia turística. La denominación del café como producto típico local permite desarrollar rutas temáticas que combinen la devoción religiosa con el conocimiento de los procesos productivos tradicionales.

En cuanto a las festividades, el carnaval Gustavito, celebrado durante el mes de febrero y reconocido como patrimonio inmaterial de la comunidad, representa otro elemento cultural que complementa la oferta turística religiosa. Esta celebración, que honra la memoria de un personaje popular local, demuestra cómo las tradiciones folklóricas pueden coexistir armónicamente con las manifestaciones de fe religiosa.

Así, cuando Duran Meneses invita a peregrinos y visitantes, no está simplemente promocionando un lugar: está abriendo las puertas a un encuentro espiritual que conecta con las raíces culturales. Al mencionar el Año del Jubileo, vincula esta peregrinación con algo más grande, con un momento especial en el calendario de la fe que permite a quienes llegan vivir una experiencia de gracia única.

Y hay algo profundamente humano en su invitación a dejar un “recuerdito” de aquello que cada uno desea que la Virgen obre como milagro en su vida. Esta práctica mantiene viva una tradición que viene de muy atrás: la de los exvotos, esos gestos sencillos pero cargados de significado con los que las personas, en cualquier tiempo y lugar, han buscado hablar con lo divino. Cada visita se convierte entonces en algo íntimo y personal, en ese momento donde alguien puede expresar sin palabras sus preocupaciones más hondas, sus anhelos más sentidos, sus esperanzas guardadas en el corazón.

El Valle de las angustias como espacio sagrado

Figura 6

Vista panorámica de la nave central de la iglesia de Labateca con sus características columnas, arcos y vitrales.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

La devoción a la Virgen de las Angustias en Labateca va mucho más allá de una simple práctica religiosa local. Es un fenómeno cultural rico donde se encuentran la memoria indígena con la tradición católica, la historia colonial con las esperanzas actuales, y la fe personal con la identidad de toda una comunidad.

Durante más de cuatro siglos, el Valle de las Angustias se ha convertido en un lugar donde lo sagrado toca la vida diaria de las personas. Desde aquel momento sencillo cuando María Berbesí lavaba ropa en el río Jordán, hasta eventos colectivos extraordinarios como el milagro de las grietas, la presencia maternal de la Virgen ha acompañado la vida cotidiana de generaciones enteras de creyentes.

Esta devoción ha permanecido viva a través del tiempo porque responde a necesidades espirituales profundas. Los siete dolores de María, plasmados en el lienzo milagroso, nos dan un lenguaje para entender y procesar nuestro propio sufrimiento, mientras que los milagros atribuidos a su intercesión mantienen viva la esperanza de transformación y sanación.

En nuestro mundo globalizado, donde las identidades locales luchan por no desaparecer, la devoción a la Virgen de las Angustias representa una forma exitosa de mantener viva la memoria histórica sin cerrarse al diálogo con otras culturas. Las peregrinaciones desde Venezuela demuestran que la fe verdadera cruza fronteras políticas y une a los pueblos en su búsqueda de sentido y esperanza.

Esta historia mariana nos enseña algo fundamental: lo sagrado no se manifiesta solo en lo extraordinario, sino también en la sencillez de lo cotidiano, en la fe humilde de los pueblos originarios, en la capacidad de las comunidades para enfrentar dificultades, y en la posibilidad de transformar el dolor en esperanza. La Virgen de las Angustias sigue siendo hoy, en pleno siglo XXI, un testimonio vivo de que la fe puede cambiar realidades y de que el amor maternal de María continúa acompañando a sus hijos en sus angustias y alegrías.

Este santuario mariano también nos muestra cómo las tradiciones religiosas pueden evolucionar y adaptarse sin perder su esencia. El trabajo pastoral del padre Angarita, la preservación del patrimonio liderada por Duran Meneses, y las tradiciones populares mantenidas por la comunidad nos enseñan que es posible ser fieles a nuestras raíces mientras nos renovamos, mantener nuestra identidad local mientras nos abrimos al mundo.

Finalmente, el futuro de esta devoción dependerá de que las nuevas generaciones se apropien creativamente de esta herencia espiritual y cultural, encontrando en ella respuestas para los desafíos de

hoy sin olvidar la sabiduría acumulada por siglos. En este camino, el testimonio de quienes han experimentado personalmente la transformación que produce el encuentro con lo sagrado seguirá siendo la razón más poderosa para que esta advocación mariana permanezca viva en el corazón del pueblo colombiano.

Análisis Teológico y Artístico: La Representación Mariana de los Dolores

Figura 7

Imagen de la Virgen de las Angustias en su marco dorado, adornada con flores blancas y púrpuras.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

Esta obra de arte constituye una magnífica manifestación de la iconografía mariana católica que encarna el arquetipo de la Virgen de los Dolores o Mater Dolorosa, una de las advocaciones más profundamente emotivas y teológicamente significativas dentro del arte religioso cristiano. La composición presenta una síntesis perfecta entre la tradición devocional católica y la excelencia técnica artística, creando una imagen que funciona simultáneamente como objeto de veneración y obra de arte de extraordinario mérito estético.

Marco iconográfico y teológico fundamental

La representación se inscribe dentro de la tradición iconográfica de la Mater Dolorosa que encuentra sus raíces teológicas en la profecía de Simeón registrada en el Evangelio de San Lucas (2:34-35): “Y a ti misma una espada te atravesará el alma”. Esta tradición, que alcanzó su máximo desarrollo durante la Contrarreforma y el período barroco, busca presentar a María como la Θεοτόκος (Madre de Dios).

La devoción a los Siete Dolores de María se convirtió en una de las expresiones más profundas de la espiritualidad mariana católica, especialmente promovida por la Orden de los Servitas desde el siglo XIII. Estos siete dolores - la profecía de Simeón, la huida a Egipto, la pérdida de Jesús en el templo, el encuentro en el Vía Crucis, la crucifixión, el descendimiento de la cruz y la sepultura - representan una síntesis completa del sufrimiento maternal de María a lo largo de la vida y pasión de Cristo.

Análisis compositivo y técnica artística

La composición adopta una estructura piramidal ascendente que dirige la mirada del contemplador hacia el rostro doloroso de María, estableciendo una jerarquía visual que privilegia la expresión emocional sobre cualquier otro elemento compositivo. Esta disposición refleja la tradición del arte sacro post-tridentino, donde la función catequética y devocional determina las decisiones estéticas fundamentales.

La figura central de María ocupa aproximadamente dos tercios del espacio pictórico, creando una presencia monumental que evoca tanto la dignidad real de la Virgen como Reina de los Cielos, como su profunda humanidad maternal. Esta escala responde a los cánones establecidos por Francisco Pacheco en su “Arte de la Pintura” (1649), donde se codificaron las normas iconográficas para la representación mariana en el ámbito hispánico.

Tratamiento del color y simbolismo cromático

El esquema cromático de la obra revela una sofisticada comprensión de la simbología mariana tradicional. El manto azul oscuro que envuelve la figura de María representa la eternidad divina y la

protección celeste, color tradicionalmente asociado con la Virgen desde el arte bizantino como símbolo de su participación en la esfera divina.

La túnica de tonalidad rosácea o púrpura subyacente simboliza tanto la dignidad real de María como Reina de los Cielos. Este color, que oscila entre el rojo de la pasión y el blanco de la pureza, encarna la doble naturaleza del misterio mariano: la participación en la gloria divina y en el sufrimiento redentor.

La Corona de Espinas: Elemento iconográfico singular

Uno de los elementos más extraordinarios y teológicamente significativos de esta representación es la corona de espinas dorada que ciñe la frente de María. Este atributo, habitualmente reservado para las representaciones cristológicas, constituye una innovación iconográfica de profundo contenido teológico que merece un análisis particular.

La corona de espinas en el contexto mariano simboliza la participación completa de María en la pasión redentora de Cristo. No se trata simplemente de un sufrimiento vicario, sino de María como Nueva Eva, participa activamente en la obra de salvación. La representación dorada de la corona transforma el instrumento de tortura en símbolo de gloria pascual, sugiriendo que el sufrimiento mariano participa ya de la victoria sobre el pecado y la muerte.

Esta iconografía encuentra paralelos en la tradición mística católica, particularmente en las visiones de Santa Catalina de Siena, quien según la tradición eligió recibir de Cristo una corona de espinas en lugar de una corona de oro, privilegiando el sufrimiento redentor sobre la gloria temporal.

Las Rosas: Simbolismo floral y significación teológica

Los rosales con flores rojas que flanquean la figura de María constituyen uno de los elementos simbólicos más ricos de la composición. En la tradición iconográfica cristiana, las rosas rojas poseen múltiples niveles de significación teológica.

La Rosa como Símbolo Cristológico-Mariano

Las rosas rojas representan fundamentalmente la sangre redentora de Cristo y, por extensión, el amor sacrificial que caracteriza tanto la misión cristológica como la participación mariana en el misterio pascual. Los cinco pétalos de las rosas se asocian tradicionalmente con las cinco llagas de Cristo, estableciendo una conexión directa entre el sufrimiento del Hijo y el dolor maternal de María.

Simultáneamente, las rosas constituyen uno de los símbolos marianos más antiguos y venerados. María es invocada como “Rosa Mística” en las Letanías Lauretanas, título que enfatiza tanto su belleza espiritual como su papel como mediadora de gracias. La rosa representa la pureza inmaculada de María (particularmente en su variante blanca) y su amor ardiente hacia Dios y la humanidad (en su forma roja).

Las Espinas: Participación en la pasión

Las espinas de los rosales añaden una dimensión adicional al simbolismo floral, evocando directamente la corona de espinas de Cristo y, por tanto, la participación de María en los sufrimientos de la Pasión. Esta dualidad rosa-espina encarna perfectamente la naturaleza paradójica de la experiencia mariana: la belleza y el sufrimiento, la gloria y el dolor, la maternidad divina y la participación en el sacrificio redentor.

Los Medallones Narrativos: Ciclo iconográfico completo

Los medallones circulares que rodean la figura central de María constituyen un programa iconográfico completo que narra visualmente los principales misterios de la vida de Cristo y María. Esta disposición responde a la tradición del arte didáctico post-tridentino, donde las imágenes servían como “Biblia de los iletrados” según la formulación de San Gregorio Magno.

Función catequética y devocional

Cada medallón representa episodios específicos de la vida de Cristo - probablemente incluyendo escenas de la Infancia, Vida Pública y Pasión - creando un compendio visual de la historia de la salvación. Esta disposición permite al contemplador meditar simultáneamente

sobre el dolor presente de María (figura central) y las causas históricas de ese dolor (escenas narrativas).

La forma circular de los medallones evoca tanto las aureolas de santidad como la perfección divina, mientras que su disposición orbital alrededor de María sugiere que toda la historia salvífica gira en torno al “sí” de María y su participación en el misterio de la Encarnación.

Expresión Facial y Gestualidad: La retórica del dolor sagrado

El Rostro de la Mater Dolorosa

La expresión facial de María constituye el núcleo emotivo de toda la composición. El artista ha logrado capturar ese momento suspendido entre el dolor humano más profundo y la aceptación divina del misterio de la redención. Los ojos ligeramente entornados y las lágrimas discretamente insinuadas evocan un sufrimiento que, sin ser teatral, penetra profundamente en la sensibilidad del contemplador.

La inclinación de la cabeza hacia la derecha crea una línea de movimiento que sugiere tanto sumisión al plan divino como acogida maternal del sufrimiento redentor. Esta gestualidad se inscribe en la tradición de la Pietà renacentista y barroca, donde el dolor mariano se expresa a través de una dignidad que nunca se degrada en desesperación.

Las Manos Orantes: Teología de la intercesión

Las manos entrelazadas en actitud de oración constituyen uno de los elementos más elocuentes de la composición. Esta gestualidad evoca múltiples dimensiones teológicas: la oración intercesora de María por la humanidad, la aceptación del plan salvífico divino, y la unión mística con el sufrimiento de Cristo.

La posición de las manos, ligeramente alzadas, sugiere también un movimiento ascensional que eleva el sufrimiento humano hacia la esfera divina, transformando el dolor en ofrenda sacrificial.

Contexto histórico-artístico y desarrollo estilístico

Arte colonial y devoción popular

La obra muestra características que sugieren su pertenencia al arte colonial hispanoamericano, donde la iconografía mariana alcanzó desarrollos específicos en respuesta a las necesidades pastorales y devocionales de las sociedades novohispanas. La intensidad emotiva y el carácter popular de la devoción a la Virgen Dolorosa encontraron en el arte colonial un vehículo privilegiado de expresión.

Asimismo, la maternidad universal de María se simboliza en las rosas que rodean a María evocan su maternidad universal: así como las rosas nacen entre espinas, María da luz al Redentor en un mundo marcado por el pecado y el sufrimiento. Esta maternidad se extiende a todos los creyentes, quienes son llamados a encontrar en María el modelo de la aceptación del plan divino incluso en medio del dolor más profundo.

Legado e influencia en el arte posterior

Esta representación de la Mater Dolorosa ha ejercido una influencia decisiva en el desarrollo posterior del arte religioso hispanoamericano. Su síntesis de intensidad emocional y dignidad teológica estableció un modelo iconográfico que se reprodujo en innumerables obras tanto pictóricas como escultóricas a lo largo de los siglos XVIII y XIX.

La capacidad de esta obra para conmover al contemplador sin caer en el sentimentalismo superficial, manteniendo siempre la trascendencia teológica del misterio representado, la convierte en un ejemplo paradigmático del arte religioso católico en su expresión más madura y lograda.

En conclusión, esta obra maestra de la iconografía mariana representa una síntesis excepcional de tradición teológica, excelencia artística y piedad popular, constituyendo un testimonio perdurable de la profundidad de la devoción católica a María en su advocación de Mater Dolorosa, y un ejemplo sublime de cómo el arte puede servir simultáneamente a la belleza estética y a la edificación espiritual.



Capítulo II

Salazar de las Palmas, Norte de Santander -
Nuestra Señora de Belén

CAPÍTULO 2

Salazar de las Palmas, Norte de Santander – Nuestra Señora de Belén

AÑO APROXIMADO DE LA APARICIÓN: 1671.

UBICACIÓN GEOGRÁFICA DE LA APARICIÓN: LA BELÉNCITA, SALAZAR DE LAS PALMAS (NORTE DE SANTANDER – COLOMBIA).

IMAGEN DE LA VIRGEN MARÍA – CUADRO DE LA TERNURA.

FIESTAS ANUALES:

26 de enero

Nuestra Señora de Belén.
[Fiesta Patronal].

8 de septiembre

Nacimiento de la
Santísima Virgen María.

En América Latina ha tenido una presencia preponderante la devoción a la Santísima Virgen María, esta devoción, se enmarca en un regalo de la gracia de Dios primordialmente, pero también en el reconocimiento que tenía el papel de la mujer en las comunidades indígenas. Las leyendas de las apariciones parten del reconocimiento del papel evangelizador de la devoción a Virgen María, en el proceso evangelizador de América Latina, y para nuestro caso, de Norte de Santander.

La leyenda de la aparición de Nuestra Señora de Belén se da en 1671, cuando su cuadro es recogido por la india Catalina en un riachuelo, en el cerro de la Trinidad, hoy conocido como Belén. A la india cínica Catalina (del griego καθώς -katós-, que traduce pureza) se le manifiesta la Virgen, esta mujer, que vivía sola en una choza humilde y sencilla, una mujer buena y piadosa según los relatos que nos llegan hasta hoy, se había convertido al cristianismo gracias a los procesos iniciales de evangelización llevados a cabo por los jesuitas, dominicos, agustinos y franciscanos inicialmente en esta zona.

Catalina, que se encontraba en el lavabo de los ropajes en el río, encuentra el lienzo, que dibujaba solo parcialmente la silueta de María, pero con los días, la imagen se fue agudizando hasta lo que conocemos hoy. En el agua cristalina de las tierras de Salazar, ve en el agua una manta o tela burda. Catalina recoge la tela y la extiende en una piedra, para continuar con sus labores de lavado de

ropas. Cuando el lienzo se secó un poco más, mostró una imagen de una mujer hermosa, que llevaba en sus brazos a un niño. Catalina sorprendida supuso que estaba viendo una alucinación, y se llenó de estupor frente a este acontecimiento, sin embargo, gracias a su conocimiento de Dios por medio de la evangelización, Catalina identificó este cuadro con la Santísima Virgen María.

Tomó el lienzo y lo llevó a su choza, en donde ya había dispuesto hacía algún tiempo, allí dispuso el lienzo de la Santísima Virgen. Allí inició la veneración personal en el que oraban con insistencia, acogiendo este milagro antes que nada en su corazón. Los gestos de postración ante el misterio acompañaron a Catalina esos días, en el silencio de su corazón y de rodillas, apreciaba y sentía el milagro.

Salazar para este entonces era una población muy pequeña, un asentamiento con cerca de 400 personas. Catalina contó la historia de este acontecimiento, y como desde los orígenes de la humanidad, las historias viajan con mucha velocidad a muchos lugares, y pronto las romerías en su choza eran una constante, de distintos transeúntes que iban por fe, o por comprobar si tal historia era cierta. La visita de las romerías, ratificó en Catalina su experiencia visual, definitivamente no era una alucinación, por el contrario, era un hecho real.

La comarca, que ya hacía parte de la evangelización, se enteró pronto del acontecimiento de la aparición e iban a venerar la imagen con insistencia. La leyenda cuenta que esto trajo grandes milagros a esta zona, desde la abundancia de las cosechas, la salud de los enfermos, la mejoría en la vida de los niños, entre otros relatos llegan hasta nuestros días.

Con el paso de los días, la choza de Catalina no daba abasto para las romerías y peregrinajes que allí recibían, lo que hizo a las autoridades de la época trasladar el cuadro a un templo edificado en Salazar de las Palmas.

Este traslado generó una tensión en el corazón de Catalina ya que su soledad fue inminente. Catalina dejó de recibir las visitas de vecinos y extranjeros, a quedar sola. La leyenda cuenta que un día amaneció y el cuadro de la Virgen no estaba en el templo, por lo que esto generó gran confusión entre los habitantes de Salazar de las Palmas. Esto llevó a consultaran a Catalina, a lo que respondió

que la noche anterior la Virgen había tocado a su puerta y le había dicho que ella quería morar en su choza. Este conflicto se disolvió en un acuerdo entre Catalina y las autoridades eclesiásticas en las que la imagen sería trasladada. Dándole a Catalina un lugar especial no solo en el relato, sino dentro de la comunidad como “la india a la que se le apareció la Virgen”.

Si bien en su comienzo, la devoción sobre el cuadro no reconoció la advocación de Nuestra Señora de Belén, sería cerca de 3 décadas después que un Fraile Dominicano, al reconocer tanto en el vestido de la Virgen como en la estrella del costado superior derecho del cuadro [agregar imagen resaltando el recuadro de la estrella], desde allí, se venera a la conocida como primera advocación de la Virgen María en el seno del catolicismo.

Figura 8

Santuario de la Virgen de Belén en Salazar, Norte de Santander, con la imagen en el arco azul celeste adornado con flores y rodeada de naturaleza.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

Los siete (7) chorros no hacen parte de la construcción histórica ni de la devoción, ni del lugar de la aparición de la Virgen, ya que, es una construcción posterior que, por el contrario, desvía la atención de la verdadera riqueza del lugar. Los poderes sobrenaturales que recientemente aluden a estos nacimientos de agua, corren el riesgo de generar una superstición sobre las formas de recibir e implorar la acción de Dios, especialmente, de desconocer la historia y la fuerza de la tradición en este lugar.

La Iglesia siempre ha sido muy cautelosa en reconocer las apariciones de la Virgen porque alrededor de estas manifestaciones en muchas ocasiones hay prácticas supersticiosas y abandonos del mensaje central de la predicación de la Iglesia que es Cristo. La Virgen María tiene un valor central en la Historia de la Salvación, pero su centralidad está en llevarnos a Jesús, por eso, en las representaciones de sus imágenes siempre está con Jesús en sus brazos, o en cinta del Salvador, pero nunca es un ícono en la Historia de la Salvación que se entienda sin Jesús. Por esta razón, prácticas como el pasar siete veces por debajo de cada uno de los siete chorros, termina siendo una práctica que distrae del valor central del acontecimiento de fe que es Cristo y el valor sacramental de la Iglesia, de la aparición que allí se conmemora y de la historia de un lugar como Salazar de las Palmas. Estas fuentes de agua, no pueden traducir un paseo turístico por un acontecimiento de fe. Los siete chorros milagrosos son un desconocimiento de la fe y de la escena que ese día de 1671 marcaría la vida y la cultura de Salazar.

¿Turismo religioso o peregrinación?

El peregrino es el recuerdo del paso por el mundo material que no es el definitivo. Pero también es el encuentro con el arte y con la historia.

El primer asunto a resaltar de esta cuestión está relacionado principalmente con el carácter sagrado del lugar y la tradición que se ampara en estos sitios. Para el caso de Salazar, debemos reconocer que es un sitio sin precedentes con grandes atractivos como el de ser una ciudad con grandes antecedentes con la presencia de pueblos originarios, además, de allí gestarse para Colombia la siembra significativa de plantas de café como penitencia en el s. XVIII, entre otros. Sin embargo, en lo referido a Nuestra Señora de Belén se

debe reconocer que los sitios de peregrinación son tanto el templo en donde reposa el cuadro de la aparición de la Virgen, como el lugar en el que cuenta la historia que se realizó tal aparición que fue el sitio de tal acontecimiento, conocido hoy como la belencita. Al lado de ello, consagrar esta aparición a un acontecimiento de fe ceñido a la doctrina de la Iglesia, no desligado como una rueda separada.

Figura 9

Ofrenda devocional a la Virgen de Belén en Salazar con cirios encendidos y pequeñas imágenes religiosas.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

El segundo asunto es un respeto por la tradición y la historia de los lugares. Si bien, el turismo trae la premisa de atraer público de otros lugares por medio de atractivos espacios para el descanso o el esparcimiento, cuando nos referimos a lugares de cualesquiera considerados sagrados por cualquier religión, debemos propiciar un aura de respeto y aprecio por las tradiciones culturales. La apreciación de la cultura como gramática de nuestros pueblos, pasa también por la tolerancia religiosa y el respeto derivado de ella por

los distintos ritos. Los lugares sagrados recogen un tesoro para nuestras comunidades y son escenarios en los que se identifica el alma de cada comunidad por pequeña que sea. El resguardo de esa sacralidad del lugar es el fundamento de la apropiación del territorio y de la configuración práctica de la cultura con él.

Por estas razones, en la Iglesia no se reconocen turistas, se reconocen peregrinos, que hunden sus recorridos en los tiempos primarios de la Historia de la Salvación en el paso del pueblo de Israel de la esclavitud a la libertad por la guía de Moisés y de Josué, y que en luego el paso definitivo de Cristo de la muerte a la vida, la Resurrección, nos evoca una fe en movimiento. Peregrinar es dirigirse a comulgar la unidad de la Iglesia, a configurarse con la misma fe en otras culturas y a reflexionar sobre estos sagrados misterios desde otras experiencias de una misma fe. Por esta razón, en la Iglesia no existen los turistas sino los peregrinos, aquellos que convocan al regazo y al encuentro, al abrazo y a compartir el pan, aquellos que en sus prácticas devocionales se abren al mundo para recordar la alegría del Evangelio.

La conmemoración de la aparición

Desde los relatos de fe contruidos alrededor de la aparición de Nuestra Señora de Belén en Salazar de las Palmas, no se tiene un dato exacto del mes en el que la Virgen se apareció, pero ello no ha sido un impedimento para que el pueblo salazareño y la parroquia de san Pablo no recuerden este acontecimiento.

Dicho acontecimiento se celebra en una fiesta local, en la que se regocijan especialmente los feligreses de la parroquia el día 26 de enero de cada año. Esta fiesta se prepara a través de una novena que se celebra cada día en el templo parroquial, y que especialmente en los últimos tres días convoca grandes cantidades de los sectores urbano y rural. Esta práctica de la novena, es de gran relevancia para la Iglesia Latinoamericana, y especialmente colombiana, porque ante la celebración de los grandes acontecimientos de las comunidades, especialmente las vinculadas a sus patrones y a sus experiencias salvíficas, los pueblos celebran novenas que engalanan y preparan una fiesta mayor, alrededor de la novena han surgido textos que además de poseer posiciones teológicas que fortalecen la doctrina

de la fe católica, también presentan la manera en la que sacerdotes y laicos interiorizan estos misterios como oración en sus comunidades. En esta festividad pueden participar hasta 6000 personas de manera presencial, con grandes extensiones a través de canales digitales de medios salazareños.

Figura 10

Procesión de la Virgen de Belén en Salazar, donde fieles se reúnen en el templo con la imagen. El sacerdote encabeza la celebración con la comunidad.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

Además del 26 de enero, otro momento del año en el que se celebra a Nuestra Señora de Belén es el día en el que el calendario litúrgico celebra la Natividad de la Santísima Virgen María, que es el día 8 de septiembre. Si bien los Evangelios Sinópticos no refieren el lugar exacto del nacimiento de María, el Proto-Evangelio de Santiago, un texto apócrifo del siglo II, señala que el nacimiento de María se da en Galilea y que sus padres son san Joaquín y santa Ana. Esta fiesta, nos recuerda la concepción de la Santísima Virgen María sin mancha (sine macula) que constituye uno de los pilares dogmáticos en la enseñanza de la Iglesia: María fue concebida sin pecado original y que santa Catherine Labouré, una Hija de la Caridad del siglo XIX

nos dejó en una oración: ¡Oh María sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a ti!

Figura 11

Bendición de la imagen de la Virgen de Belén durante la celebración en el templo de Salazar, Norte de Santander, donde sacerdotes realizan el acto litúrgico.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

Así “la ojona”, como cariñosamente es llamada Nuestra Señora de Belén en Salazar de las Palmas, es una efigie de la ternura y una expresión de la devoción mariana en Norte de Santander.

Comentario artístico-teológico del cuadro de la pintura de Nuestra Señora de Belén

Analizar solo el rostro de la Virgen María en esta imagen es adentrarse en una teología del rostro materno de Dios manifestado a través del arte sacro. En esta pintura, el rostro de María no es solo una representación estética: es una manifestación encarnada de la ternura divina, una imagen construida con elementos técnicos, simbólicos y espirituales que dialogan profundamente con la tradición

cristiana, la antropología sagrada y la sensibilidad mariana de la época barroca.

En cuanto a la estructura y la forma. El rostro de María es ovalado, sereno, de una suavidad casi etérea. La luz que lo ilumina no es violenta ni dramática: es tenue, difusa, como si proviniera del interior. Esto genera un efecto de introspección luminosa, como si el alma de María se asomara a través de sus facciones. El modelado es sutil, sin contrastes duros, lo cual refuerza su humanidad idealizada. La mirada de María es, sin duda, el punto más impactante del rostro. No se dirige al espectador, ni completamente al Niño. Parece mirar hacia una dimensión interior, como si estuviera contemplando un misterio invisible para nosotros. Esta mirada expresa: Dolor contenido, premonición del sufrimiento de su Hijo. Un amor absoluto, no como pasión emocional, sino como entrega silenciosa. Sabiduría contemplativa, propia de quien ha escuchado y guardado todo en su corazón (cf. Lc 2,19).

Figura 12

Imagen de la Virgen de Belén en Salazar, Norte de Santander, bajo ornamentación religiosa que testimonia la devoción a esta advocación mariana en la región.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

Esta ambivalencia de la mirada —amor, tristeza, conciencia— la emparenta con el pathos de la Virgen Dolorosa, incluso en un momento de aparente paz.

La boca y la expresión labial permiten ver en los labios cerrados y apenas curvados hacia abajo transmiten un recogimiento casto, casi monástico. No hay sonrisa ni desagrado, sino silencio místico. Es la boca de quien ha pronunciado el “sí” definitivo a Dios (“fiat”) y ha aprendido a callar ante lo que no puede ser explicado, solo vivido.

Ya en lo referente a la coloración y carnación. La piel de María es pálida pero no fantasmal, con una delicada transición de tonos que la hacen humana sin perder su aire sobrenatural. No es el rostro de una campesina, sino el de una mujer que ha sido transfigurada por la gracia. El artista, probablemente influido por cánones europeos italianos o flamencos, evita cualquier rasgo demasiado individual: María es aquí arquetipo de humanidad redimida.

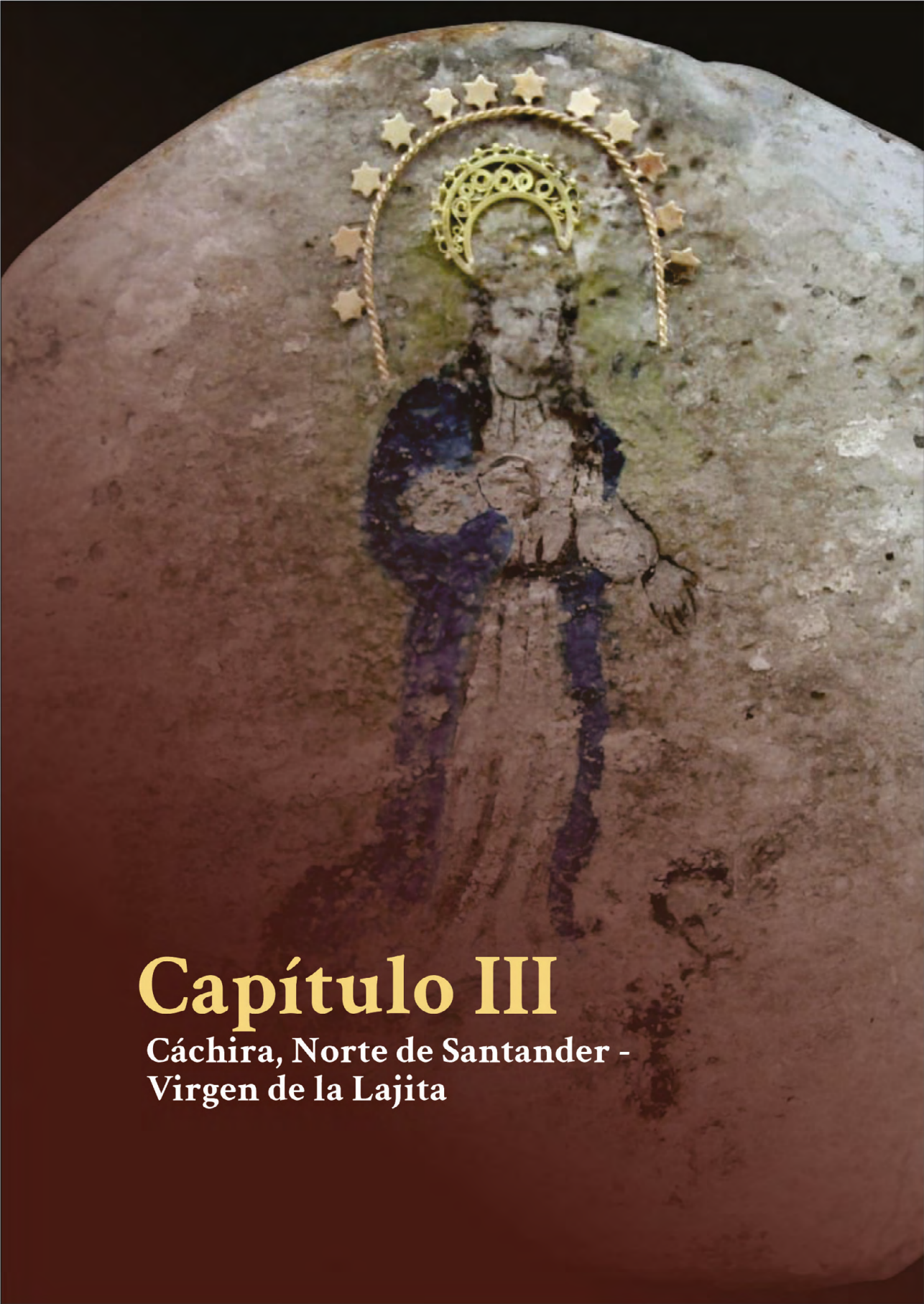
Las cejas arqueadas suavemente y la frente despejada indican inteligencia emocional y nobleza espiritual. Nada en el rostro está cargado de tensión. Todo en ella sugiere paz, profundidad, paciencia. En la teología cristiana, contemplar el rostro de María es también contemplar el rostro de la humanidad transfigurada. En ella, el Verbo se hizo carne, y ese hecho se refleja en sus facciones. Su rostro no solo es bello: es receptáculo del misterio de Dios. De este modo, el rostro de María es una teofanía maternal.

No mira de frente, y eso es clave: la Virgen no se impone. Su rostro se vuelve un puente entre lo divino y lo humano, entre el cielo y la tierra. Es el rostro de quien acompaña sin eclipsar, de quien sostiene sin poseer. Esto es profundamente teológico: María no se interpone entre Dios y el hombre, sino que abre el camino hacia el Hijo. El rostro callado de María nos remite a una teología del silencio fecundo. Frente al bullicio del mundo, el arte mariano propone un rostro donde habita la contemplación, la interioridad, el misterio. Así, la boca cerrada y la mirada baja no son signos de sumisión pasiva, sino de escucha activa del plan de Dios, como la mujer sapiencial del libro de los Proverbios.

La Virgen María es también figura de la Iglesia. Su rostro, entonces, es eclesial: es el rostro maternal de la comunidad creyente, que

protege, intercede, consuela y camina en silencio con sus hijos. La belleza de su rostro no es solo estética, sino soteriológica: anuncia una salvación que pasa por el amor, la humildad y la ternura. Este rostro no es solo una imagen devocional: es una teología encarnada en carne, luz y pigmento. Es el rostro que ha visto a Dios crecer, llorar, reír, morir y resucitar. Es el rostro de una madre, de una discípula perfecta, de la portadora del misterio. Contemplantlo es, en el fondo, un acto de oración.

Como dijo san Bernardo de Claraval: “Si los vientos de la tentación se levantan, mira a la estrella, llama a María”. Y para ello, basta mirar su rostro.



Capítulo III

Cáchira, Norte de Santander -
Virgen de la Lajita

CAPÍTULO III

Cáchira, Norte de Santander – Virgen de la Lajita

AÑO APROXIMADO DE LA APARICIÓN: 1930.

UBICACIÓN GEOGRÁFICA: VEREDA EL ALMENDRO, ARBOLEDAS
(NORTE DE SANTANDER, COLOMBIA).

IMAGEN DE LA VIRGEN MARÍA: VIRGEN DE LA LAJITA

FIESTAS ANUALES:

16 de julio

Nuestra Señora del
Carmen. [Fiesta
Patronal]

8 de diciembre

Inmaculada Concepción.
La Advocación de la
Virgen de la Lajita: Fe,
Tradición y Milagros
en CÁCHIRA, Norte de
Santander.

Orígenes y hallazgo milagroso

El municipio de CÁCHIRA, en el departamento de Norte de Santander, se distingue por la riqueza de sus expresiones religiosas y por las profundas tradiciones que han sellado la identidad de sus comunidades rurales, allí emerge una advocación mariana que ha marcado profundamente la vida religiosa y cultural de la región: la Virgen de la Lajita. Su aparición, datada aproximadamente en 1930, representa uno de los fenómenos de religiosidad popular más significativos del departamento nortesantandereano.

La historia de esta advocación se remonta a los años de la violencia política que azotaba el territorio colombiano. En la vereda El Almendro, perteneciente al municipio de Arboledas, vivía un hombre llamado Isaac Camarón, oriundo de CÁCHIRA, cuya vida cambiaría para siempre por un hallazgo aparentemente fortuito. Según el testimonio del padre Luis Alfredo Pabón Bautista, actual párroco de Nuestra Señora del Carmen en CÁCHIRA, la aparición se produjo cuando Isaac Camarón va a buscar en esa época una piedra para improvisar un lavadero.

Figura 13

Vista panorámica de Cáchira, Norte de Santander, mostrando el valle donde se asienta el pueblo y la exuberante vegetación que lo rodea, un entorno típico de la provincia colombiana.



Fuente: Cristian Bayona (2025)

El relato tradicional, enriquecido por los testimonios de los habitantes más antiguos del municipio, describe cómo Isaac Camarón, respondiendo a la necesidad doméstica de su esposa de encontrar una piedra adecuada para las labores del hogar, se dirigió a los arroyos cercanos a su vivienda. En esa búsqueda rutinaria, sus ojos se fijaron en una pequeña laja que presentaba una particularidad: una mancha azulada que despertó su curiosidad.

Lo que comenzó como una tarea doméstica se transformó en un evento trascendental cuando Isaac Camarón llevó la piedra a su hogar. Ana Abigail Estáper Moreno, hija de un sacristán que durante años custodió las tradiciones del templo, relata en su testimonio que: “mientras la va llevando a la casa, cuenta la tradición, le pesaba aquella piedra, pero cuando la llevan a la casa la lavan, la limpian muy bien y ven la figura de una mujer y cuanto más la lavaban, pues más se hacía nítida aquella imagen”.

La Revelación gradual de la Imagen Sagrada

El proceso de revelación de la imagen presenta características que la distinguen de otras apariciones marianas documentadas en Colombia. A diferencia de las apariciones súbitas que caracterizan otras advocaciones marianas colombianas como la Virgen de Torcoroma o la Virgen de las Lajas, la Virgen de la Lajita se manifestó gradualmente, mediante un proceso de purificación física que simbolizaba, según la interpretación teológica posterior, una purificación espiritual.

Luis Dionisio Vera Blanco, pensionado de la Policía Nacional y custodio de la memoria local, proporciona detalles adicionales sobre este proceso revelador: “Encontró esta laja y empezó a lavarla, a limpiarla, a quitarle la mugre, la tierra, la arena que tenía. Y en ese momento empezó a ver una imagen que había grabada en la piedra: una sombra”. El testimonio continúa describiendo cómo la llevó a la casa y le mostró a su esposa y su esposa decidió hacerle un altar a esta piedrecita.

La familia Camarón quedó profundamente conmovida por lo que consideraron una aparición divina, iniciando así la veneración de la imagen en su propio hogar. Comenzaron a encender luces alrededor de la imagen y a mantener velas encendidas en su honor, mientras la noticia de esta manifestación se extendía gradualmente por toda la vereda. Las personas empezaron a acudir a la casa de los Camarón para observar la imagen de la Virgen, marcando el inicio de una devoción comunitaria. Este período inicial de veneración doméstica resulta esencial para comprender el proceso de gestación de la devoción popular que precedió a su posterior reconocimiento e institucionalización por parte de las autoridades eclesiásticas.

El Reconocimiento eclesiástico y el traslado al templo.

El reconocimiento oficial de la aparición presenta un contraste notable entre las actitudes de las autoridades eclesiásticas de Arboledas y Cáchira. Según el relato documentado, Isaac Camarón inicialmente se dirigió a las autoridades religiosas de Arboledas, municipio al cual pertenecía territorialmente la vereda donde ocurrió el hallazgo. Sin embargo, el sacerdote no le tomó en cuenta la historia.

Las cosas cambiaron cuando Isaac Camarón regresó a Cáchira para atender unas diligencias, y aprovechando la ocasión se dirigió al párroco local a quien le contó lo sucedido, quien, movido por la curiosidad y devoción, no dudó en acompañarlo hasta la vereda. Al llegar, examinó la piedra y afirmó que en ella se manifestaba la presencia de la Virgen, la Señora del Cielo.

Figura 14

Detalle de la histórica imagen de la Virgen de la Lajita, venerada como patrona de Cáchira, enmarcada en su reliquiario dorado.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

Este reconocimiento eclesiástico representó un momento decisivo en la historia de la advocación. El párroco de Cáchira, plenamente convencido de la veracidad de la manifestación, solicitó al señor Camarón que le entregara la pequeña piedra. Este accedió a la petición del sacerdote, quien procedió a trasladar la imagen al templo parroquial donde dio inicio formalmente a su veneración. De esta manera se completó el traslado de la imagen desde su lugar original de aparición hasta su emplazamiento definitivo en el templo

parroquial de Cáchira, donde continúa siendo el centro principal de peregrinación y devoción hasta la actualidad.

La tentativa de recuperación y el milagro de la piedra pesada.

Uno de los episodios más dramáticos y significativos en la historia de la advocación es el intento de los habitantes de Arboledas de recuperar la imagen que consideraban legítimamente suya por razones territoriales. Este evento, narrado por los diferentes testigos, ha tomado dimensiones legendarias que refuerzan la fe popular en el poder protector de la Virgen de la Lajita.

El padre Pabón Bautista describe el episodio: *“los vecinos de aquella vereda y de aquella parroquia, cuando ya la imagen se encontraba en el templo parroquial de Cáchira vinieron a hurtarla”*. Sin embargo, el plan de recuperación experimentó dificultades sobrenaturales que los protagonistas interpretaron como una manifestación de la voluntad divina: *“en todo ese procedimiento que ellos están realizando tienen que pasar por muchos lugares difíciles de transitar entre estos lugares un río, este río crece demasiado y no pueden pasar con la imagen de la Virgen”*.

Luis Dionisio Vera Blanco brinda detalles adicionales sobre este episodio: *“Cuentan los que estuvieron en esa persecución, que esas personas que se llevaron la piedra no pudieron cargarla. Porque la piedra se volvió demasiado pesada”*. El testimonio narra que, al llegar al corregimiento La Carrera y en medio del pánico que les causó saber que la gente de Cáchira los alcanzaría, tomaron la piedra, la ocultaron entre un montón de tamo de arveja y se marcharon.

La recuperación de la imagen por parte de los cachirenses adquiere un aire de intervención divina. Según los relatos, apareció oculta bajo un poco de tamo de trigo o de alverja, pero más allá del tipo de material, el simbolismo es el mismo: la Virgen de la Lajita eligió su lugar en Cáchira y nada ni nadie podría haber cambiado esa voluntad.

Contexto histórico: violencia y protección divina

La aparición de la Virgen de la Lajita no puede desvincularse del contexto sociopolítico de Norte de Santander durante las décadas de

1930 a 1950, período caracterizado por la intensificación del conflicto político conocido como “La Violencia”. El padre Pabón Bautista sitúa explícitamente la advocación en este marco histórico: *“Esta región en otra época fue muy golpeada por la violencia. Gracias a la oración de la gente, a la unidad del pueblo, a las virtudes cristianas, las personas pudieron superar muchas de estas situaciones difíciles de esa época de violencia”*.

El sacerdote subraya el profundo impacto de la violencia política en la comunidad al recordar el asesinato del padre Pedro León Camacho Anaya, víctima de los guerrilleros del EPL en 1999. Aunque este suceso ocurrió después de la aparición de la Virgen, evidencia la persistencia histórica del conflicto en la región y refuerza la idea, compartida por muchos, de que se necesita una protección divina.

Los testimonios locales atribuyen a la intercesión de la Virgen de la Lajita varios episodios de protección durante los períodos más álgidos del conflicto armado. Ana Abigail Estáper Moreno recuerda cómo, durante una toma guerrillera, la Virgen de la Lajita protegió a la policía: los policías abrieron un hueco en la iglesia para poderse resguardar, sin embargo, por el tamaño del hueco, ningún enemigo logró entrar; cuando la gente volvió a inspeccionar el paso, se asombró de que seguía inexplicablemente inaccesible, su tamaño era diminuto.

Milagros y testimonios de fe

La tradición popular atribuye numerosos milagros a la intercesión de la Virgen de la Lajita, particularmente durante los años de mayor intensidad del conflicto armado. El padre Pabón Bautista comparte un testimonio especialmente conmovedor: *“Conocí una historia de un señor bastante adinerado, prestante, con una posición económica bastante bien y en un retén de la guerrilla a él allí lo retienen y entonces la persona encargada del retén, obviamente una persona al margen de la ley, un subversivo le pide los documentos, pero le pide la billetera”*.

El relato continúa describiendo cómo la presencia de la imagen de la Virgen de la Lajita en la billetera del comerciante generó una reacción inesperada en el guerrillero, aquel hombre le pregunta por su

procedencia: ¿y usted de dónde es?. Impactado por la devoción que representaba, informó de inmediato al jefe del retén, quien gestionó la liberación del comerciante de forma inmediata.

Este testimonio ilustra cómo la devoción a la Virgen de la Lajita transcendía las fronteras sociales y políticas, llegando incluso a tocar los corazones de quienes participaban en el conflicto armado. La imagen se convirtió en un símbolo de protección y esperanza en medio de la adversidad, reforzando la identidad comunitaria y la resistencia espiritual ante la violencia.

Elva Silva Gama, quien ha vivido 79 años en el municipio, ofrece su testimonio sobre los fenómenos extraordinarios asociados a la imagen: asegura que quienes intentan fotografiarla descubren que la imagen no aparece revelada. Aunque este relato puede reflejar creencias populares más que hechos verificables, ilustra la percepción comunitaria del carácter sagrado y misterioso de la imagen.

Figura 15

La Iglesia Parroquial de Cáchira resalta en el centro del pueblo, con su característica cúpula dorada rodeada de naturaleza montañosa y el cielo despejado, reflejando la riqueza religiosa y cultural de la región.



Fuente: Luis Fidel Vega (2025)

Significado teológico y espiritual

Desde el punto de vista teológico, la advocación de la Virgen de la Lajita se inscribe dentro de la tradición católica de veneración a la Inmaculada Concepción. El padre Pabón Bautista explica que *“cada año se conmemora el 8 de diciembre, que es la fiesta de la Inmaculada Concepción, ya que esta imagen que tenemos aquí en nuestra parroquia se parece muchísimo a la imagen tradicional que se conoce en la tradición católica de la Virgen la Inmaculada Concepción”*.

La identificación con la Inmaculada Concepción sitúa esta advocación dentro del rico contexto de la mariología católica en Colombia, país que cuenta con más de 25 advocaciones marianas locales y donde el 92% de la población reconoce alguna advocación mariana. La celebración del 8 de diciembre conecta la devoción local con la solemnidad universal de la Iglesia Católica, establecida como dogma por el Papa Pío IX en 1854.

El padre Pabón Bautista hace una interpretación teológica del significado de la advocación: “El significado es la figura de la Iglesia peregrina de la tierra, que un día será presentada ante el señor como novia y esposa sin mancha ni arruga alguna, es decir en la figura de la Iglesia que como esposa de Cristo camina constantemente hacia el encuentro con nuestro señor. Esta interpretación eclesiológica trasciende la devoción popular para insertar la advocación en el marco más amplio de la teología católica sobre la Iglesia y su destino escatológico”.

Este planteamiento enriquece la devoción popular al enmarcarla en la doctrina católica sobre el destino escatológico de la Iglesia, recordando que cada manifestación mariana apunta también al ideal de santidad y plenitud hacia el cual está llamada toda la comunidad de fieles. A la universidad de la Iglesia Católica.

Expresiones litúrgicas y devocionales

La veneración de la Virgen de la Lajita se expresa a través de diversas prácticas litúrgicas y devocionales que reflejan tanto la tradición católica universal como las particularidades de la

religiosidad popular nortesantandereana. El padre Pabón Bautista enumera las principales expresiones ceremoniales: “La sagrada eucaristía es la celebración central en honor a la Santísima Virgen María. Por supuesto que la eucaristía tiene como centro a Cristo, pero vamos a Cristo por María; María es mujer eucarística, por tanto, es la celebración más importante que podemos tener alrededor de la devoción de la Santísima Virgen María”.

Además de la celebración eucarística principal, la liturgia mariana en Cáchira abarca procesiones y actos de piedad popular, como el rezo del Rosario de Aurora cada mañana y la devoción de los primeros sábados en honor a la Virgen de la Lajita. Estas prácticas integran la devoción local en la tradición mariana universal, resaltando el papel del Rosario en la evangelización de Colombia desde la época colonial.

La dimensión misionera de esta advocación se expresa mediante peregrinaciones a las veredas y a parroquias vecinas portando la imagen de la Santísima Virgen de la Lajita. Con ello se amplía su influencia espiritual más allá del ámbito municipal, fortaleciendo los lazos entre las comunidades rurales de la región.

Impacto social y cultural

La festividad anual en honor a la Virgen de la Lajita constituye uno de los eventos más significativos del calendario cultural y religioso de Cáchira, puede llegar a congregarse alrededor de 4.000 a 5.000 personas, lo que representa una afluencia considerable para un municipio con aproximadamente 12.588 habitantes.

Esta congregación masiva trasciende las fronteras municipales y departamentales, en parte porque numerosos habitantes de Cáchira y de localidades vecinas se han trasladado y regresan para participar en la fiesta de la Virgen de la Lajita. Este fenómeno demuestra cómo la devoción religiosa actúa como vínculo de cohesión cultural e identitaria para los migrantes con su comunidad de origen.

Ana Abigail Estáper Moreno recuerda los tiempos cuando su familia participaba activamente en la hospitalidad hacia los peregrinos: *“aquí en la casa fue casa de Posada, cuando estaba mamá viva y eso venía*

gente del lado de Arboledas, de la vereda Santa María, llegaban aquí a posar". Este testimonio revela la dimensión comunitaria y solidaria que caracterizaba tradicionalmente la celebración, cuando las familias cachirenses abrían sus hogares para acoger a los peregrinos.

Por otro lado, la historia de la Virgen de la Lajita presenta una dimensión territorial compleja que ilustra las tensiones y negociaciones inherentes a los fenómenos de religiosidad popular. La aparición en territorio de Arboledas y su posterior veneración en Cáchira generó, según los testimonios, reivindicaciones territoriales que fueron interpretadas por los devotos como sometidas a la voluntad divina.

Sin embargo, la resolución del conflicto territorial trasciende las consideraciones administrativas para situarse en el plano de la providencia divina, como lo demuestra el episodio del intento de recuperación de la imagen. Esta tensión territorial encuentra su resolución simbólica en el reconocimiento mutuo de la devoción: "allí donde ella fue encontrada o apareció, pues hay una capilla en su honor, también en El Almendro se llama esa vereda que pertenece al municipio de Arboledas". Esta solución permite honrar tanto el lugar de la aparición como el sitio de veneración principal, estableciendo una geografía sagrada que trasciende las fronteras político-administrativas.

La proximidad del centenario y perspectivas futuras

La advocación de la Virgen de la Lajita se acerca a un momento histórico significativo: en 2030 se cumplirán cien años desde su aparición, un aniversario que la coloca muy cerca del centenario, a diferencia de otras advocaciones como la Virgen de las Angustias o la Virgen de Belén, que cuentan ya con tres o cuatro siglos de tradición. Esta proximidad del centenario representa una oportunidad única para la revitalización y profundización de la devoción, así como para la documentación más sistemática de la tradición oral que ha preservado la memoria de la aparición. El reconocimiento del templo de Cáchira como sitio jubilar, según menciona Luis Dionisio Vera Blanco, *"vale poner en contexto que este es el año del jubileo y la iglesia católica en cada departamento en cada diócesis pone unos templos especiales para hacer peregrinación y ganar las indulgencias, nuestro templo es uno de ellos precisamente por la advocación de*

la virgen de la Lajita”, subraya la importancia que las autoridades eclesiásticas otorgan a esta advocación.

Mensaje espiritual: legado de fe y esperanza

La advocación de la Virgen de la Lajita trasciende su valor histórico y devocional para ofrecer un mensaje espiritual de particular relevancia en el contexto colombiano contemporáneo. El padre Pabón Bautista articula este mensaje con claridad: *“todos nosotros podemos crecer firmemente en la Oración, defender la vida y ser constructores de una verdadera paz”*.

Este llamado a la construcción de la paz adquiere especial resonancia en una región que ha experimentado décadas de violencia y que continúa enfrentando desafíos relacionados con el conflicto armado y la consolidación de la paz territorial. La imagen de una comunidad que encontró en la devoción mariana la fortaleza para resistir y superar la violencia ofrece un modelo de resiliencia espiritual y social.

Su manifestación extraordinaria de la religiosidad popular colombiana que ha logrado pervivir y prosperar durante casi un siglo. Su historia, tejida con hilos de fe, tradición oral, milagros reportados y resistencia comunitaria, ofrece una ventana privilegiada para comprender las dinámicas complejas que caracterizan las expresiones de religiosidad popular en el contexto latinoamericano.

La gradual revelación de la imagen en la piedra, el reconocimiento eclesiástico, los testimonios de protección divina durante los períodos de violencia, y la continua veneración que atrae miles de peregrinos anualmente, configuran un fenómeno religioso de notable riqueza antropológica, teológica y social. La advocación trasciende las fronteras municipales y departamentales para insertarse en la rica tradición mariana colombiana, al tiempo que mantiene sus particularidades locales y su conexión profunda con la historia y las aspiraciones de la comunidad que la custodia.

La proximidad del centenario de la aparición presenta una oportunidad única para reflexionar sobre el legado de esta advocación y su proyección hacia el futuro. En un país que continúa buscando caminos hacia la paz definitiva, el testimonio de una comunidad que

encontró en la devoción mariana la fortaleza para superar décadas de violencia y construir esperanza colectiva, adquiere una relevancia que supera los límites de la devoción particular para convertirse en un mensaje universal de resistencia espiritual y construcción de paz.

La Virgen de la Lajita, aparecida en una modesta piedra destinada a un lavadero doméstico, ha demostrado que las manifestaciones de lo sagrado pueden emerger en las circunstancias más sencillas y cotidianas, transformando no solo la vida de quienes las experimentan directamente, sino también la de las comunidades que abrazan estos dones con fe y perseverancia. Su legado continúa escribiéndose en cada celebración del 8 de diciembre, en cada oración elevada ante su imagen, y en cada testimonio de fe que se transmite de generación en generación, manteniendo viva una tradición que, como ella misma, revela su belleza plena solo cuando es contemplada con los ojos de la fe.

Análisis teológico y artístico de la Virgen de la Lajita de Cáchira

En su composición iconográfica está centrada en la representación de la Virgen María, aparece erguida con leve postura “en contrapposto”, sostenida sobre un semicírculo de nubes apenas señalado. Bajo sus pies se intuye la figura del monstruo alado (serpiente o dragón), símbolo de la victoria sobre el mal y la serpiente antigua, evocación de Génesis 3,15. Sus brazos, ligeramente abiertos en gesto de acogida y bendición, conjugan la solemnidad de la intercesión con la cercanía maternal.

Figura 16

Imagen de la Virgen de la Lajita, la advocación mariana venerada en Cáchira, Norte de Santander.



Fuente: Cristian Bayona (2025)

Elementos simbólicos y atributos teológicos

Aureola estelar y media luna: El nimbo dorado rematado por doce estrellas es clara alusión al “Apocalipsis” (12,1), donde la Mujer vestida de sol porta la corona de estrellas. La media luna en la parte superior refuerza la identificación con la Inmaculada Concepción: María sin mácula nacida sobre el influjo de la luna, signo de la fugacidad terrena sometida a su pureza inmaculada.

Paleta de colores: El manto azul simboliza la divinidad y la realeza celeste —ícono mariano por excelencia—, mientras que la túnica clara (blanca o marfil) sugiere la castidad y la luz de gracia divina. El uso de pigmentos naturales con leves pérdidas de policromía aporta una textura íntima, casi mística, que subraya la fragilidad humana frente a la eternidad de Dios.

Posición de manos y gesto: La mano derecha elevada en suave bendición comunica autoridad espiritual y maternal protección; la

izquierda, cercana al corazón, indica la donación y el amor filial. Este doble gesto revela la función dual de María como Reina y Mediadora ante el Padre.

Dimensión devocional y lugar de culto

Conocida como la “Virgen de la Lajita” por haber sido venerada en un jaspe pétreo natural o gruta rocosa en Cáchira (Norte de Santander), esta imagen se integra en la tradición andina de encontrarse con lo sagrado en la piedra y la montaña. Su tamaño reducido indicaba un uso portátil, probablemente en romerías y procesiones rurales, facilitando la participación comunitaria en actos de fe. La piedra madre de la “lajita” acentuaba el vínculo entre naturaleza y gracia divina, reforzando la idea de revelación en el mundo material.

Significado teológico

Teológicamente, la obra es un compendio de Mariología:

1. *Inmaculada Concepción*: La luna creciente y el blanco inmaculado aluden al dogma de María preservada del pecado original desde su concepción.
2. *Reina del Cielo*: La corona de estrellas subraya su reinado no solo como Madre de Cristo, sino como protectora y abogada de la Iglesia.
3. *Victoria sobre el mal*: El dragón o serpiente sometidos bajo sus pies remiten al “Protoevangelio” (Génesis 3) y a la victoria escatológica, anticipando el triunfo final de Dios.

Esta pieza, con su mezcla de sencillez popular y riqueza simbólica, invita a la meditación sobre la encarnación y redención. En su profunda humildad material revela la grandeza de la gracia: la Madre de Dios se hace accesible al fiel en la laja rústica, recordando que lo divino elige habitar en lo más humilde de la creación.



Capítulo IV

Santo Domingo de Silos, Norte de Santander -
Nuestra Señora de la Candelaria

CAPÍTULO IV

Santo Domingo de Silos, Norte de Santander – Nuestra Señora de la Candelaria

AÑO APROXIMADO DE LA APARICIÓN: 1560-1630 APRÓX.

UBICACIÓN GEOGRÁFICA DE LA APARICIÓN: ZÁQUETA, SILOS
(NORTE DE SANTANDER, COLOMBIA)

IMAGEN DE LA VIRGEN MARÍA: LA CACICA.

FIESTAS ANUALES:

2 de febrero

Presentación del Señor.
Nuestra Señora de la
Candelaria.

3 de febrero

Nuestra Señora de la
Candelaria – La Cacica.

La imagen

Indagar sobre la historia de la Cacica en Santo Domingo de Silos, es una cuestión difícil debido a que los archivos parroquiales se destruyeron por un incendio. Sin embargo, las historias siguen vivas en la tradición de su gente. Según la tradición oral de la historia del pueblo, la aparición de la imagen de Nuestra Señora de

la Candelaria se dio en la zona conocida como Záqueta debajo de una campana agrietaba, cuya luz resplandecía, hallada por tribus indígenas como záquetas y magarás, cárabas, tutepas, cherquetaes, tarabataes, loataes y pesquiráes que habitaban la zona, la imagen encontrada fue la de Nuestra Señora de la Candelaria venerada hoy en Silos. Este acontecimiento, hizo que se le conociera inicialmente como la virgen de la campana, y esta campana reposa hoy en el Museo de Arte Religioso Arquidiocesano en la ciudad de Pamplona. De acuerdo a la revisión de archivo de fuentes como las del Presbítero Doctor Adolfo García Cadena y el Doctor Luis E. Peláez Couvrel, esta aparición se dio entre el paso de Ambrosio Alfínger (1530-1) y la Encomienda posterior de 1560. una aparición que se da entre 1630 y 1660, primeros años de la evangelización de la Orden de Predicadores o padres dominicos en el lugar, aproximadamente.

La distancia es bastante grande ya que la primera declaración que encontramos de Silos bajo la tutela de la advocación de Nuestra señora de la Candelaria en 1758 y la memoria de la celebración de la Cacica de 1778. Cabe destacar que esta aparición, más allá de

suponer un milagro, es una experiencia de fe que impulsó la Orden de Predicadores para evangelizar este lugar bajo una advocación que favoreciera el acrecentamiento de la fe. La Cofradía se establece con los encomenderos encargados del tributo y la devoción.

El bautizo de un indio que declaró a la Virgen de la Candelaria que obsequiaría a la imagen un cetro redondo. La apropiación de fe de esta comarca, fue la de darle a la Santísima Virgen María, el rostro de la Cacica, la máxima autoridad entre las tribus indígenas.

Esta aparición cobra una especial relevancia en el ámbito latinoamericano, porque las tradiciones que de ella derivaron están presentes desde la época de la Conquista y de la Colonia, como una inculturación del mensaje del Evangelio a través de la piedad mariana. La Cacica es una rememoración de la autoridad civil de los pueblos originarios, a la vivencia directa de la fe, de la transformación de la vida de los pueblos.

La fiesta religiosa

Figura 17

Procesión en honor a la Virgen de la Candelaria en Silos, donde fieles encienden cirios amarillos como ofrenda devocional a “La Cacica”.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

La conmemoración anual de la aparición se celebra en la Fiesta de la Presentación del Señor, celebrando en España y Colombia, como

la Candelaria, o Nuestra Señora de la Candelaria, por la tradición de realizar lucernarios con velas de los feligreses evocando la alegoría de Cristo como Luz del Mundo. Habitualmente, esta fiesta es celebrada el día 2 de febrero, en el que se realiza la Liturgia Eucarística y la Fiesta Patronal de la parroquia. Es una fiesta en la que se engalana a la imagen de la Cacica y a través de las muestras fotográficas de distintos años se usan arreglos florales, además de revestir a la imagen original de la aparición con una corona de plumas de pavo real y un abrigo tejido de autoridad indígena del páramo. Previo a la celebración eucarística, las personas se congregan en uno de los extremos del pueblo y preparan un lucernario con la bendición de la luz realizada por el cura párroco, en solemne procesión peregrinan hacia el templo parroquial en el que autoridades eclesiásticas y civiles acompañan esta fiesta sagrada, que se convierte en una oportunidad única de unir al pueblo de Silos con sus corregimientos. Es la Eucaristía que destella uno de sus símbolos y propósitos, la unidad de la Iglesia.

Figura 18

Celebración eucarística en honor a la Virgen de la Candelaria en la iglesia de Silos, con sacerdotes en el altar junto a la imagen de “La Cacica” adornada con flores amarillas y blancas, mientras fieles han encendido cirios en acto de fe y devoción.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

El acto de piedad y devoción de la novena sirve de contexto y preparación para la fiesta patronal. En la novena los vecinos se encuentran, la pastoral vincula a sus agentes, la dispersión prepara la unidad de la gran fiesta, en las novenas están escritas la teología que ha aprendido y vivenciado nuestro pueblo. Por esta razón, previo a la celebración de Nuestra Señora de la Candelaria, se celebra la Novena en el templo parroquial, con el respaldo de toda la comunidad y el liderazgo del cura párroco y demás sacerdotes adscritos.

La noche anterior a la fiesta de la Virgen, se realizaba un desfile de faroles, conocido como lucernario en el ámbito devocional. Este desfile vinculaba a todas las estancias institucionales del municipio de Silos con el fin de preparar la fiesta de la Cacica. En el marco de las conocidas ferias y fiestas de los pueblos, estas tradiciones religiosas van perdiendo su relevancia y se relegan en el ámbito civil de manera infortunada. A propósito de esto, podríamos pensar en qué pierden la identidad de nuestros pueblos con esta clase de espectáculos.

Si bien, la iglesia universal celebra el 3 de febrero la memoria libre de san Blas, en el municipio de Santo Domingo de Silos por una tradición de más de 400 años, se celebra la fiesta de la Cacica. En uno de los extremos del municipio, las personas se congregan para vivir la tradicional procesión de los Caciques y los pueblos indígenas.

Esta procesión está encabezada por el Cacique, hasta el año 2025 el señor Antonio Cabeza, debido a su trayectoria, y para hacer que estas tradiciones no mueran en el pueblo silero y las nuevas generaciones, el señor Antonio, le cedió el cacicazgo de la virgen a su nieto Duván Leandro Vera Cabeza. Tradicionalmente el cacique es un miembro de la familia silera, que se engalana con un penacho de jerarca y un sayo de indio, y a lomo de caballo impone el paso de la procesión, en el recuerdo de las autoridades civiles de los pueblos originarios en el páramo de Santurbán.

Figura 19

Procesión encabezada por el Cacique.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

Inmediatamente después del Cacique, está la imagen de Nuestra Señora de la Candelaria, la Cacica, cargada en anda por 10 feligreses y adornada con flores, vestida además con el cetro redondo, la corona de plumas de pavo real y la capa solemne. María madre de Dios y madre de la Iglesia, se incultura en las tradiciones de nuestros pueblos para demostrar la cercanía de los misterios de la fe con el pueblo creyente y peregrinante.

Figura 20

Pobladores danzan en torno a la imagen de “La Cacica” en su tradicional procesión.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

Otrora, esta fiesta, era la celebración principal de Santo Domingo de Silos en el año. Allí, se usaban las ofrendas en arcos, primicias en la tierra, aguinaldos, alegría en los festejos sagrados, una orientación estrictamente religiosa de la Cacica, era la celebración de la presencia de Dios en las tierras fértiles del páramo, proveedoras de productos y ganados desde antes de la llegada de Alfínger. De hecho, el nombre Silos consiste en la mención del lugar de las provisiones.

Después de la Cacica, procesiona la Hermandad de la Cacica, liderada por la señora Candelaria Cabeza Laguado. Esta tradición tiene 1630, desde la época del célebre padre Jurado. Esta cofradía o hermandad, realiza alrededor de 3 danzas alrededor de la imagen de la cacica. Especialmente jóvenes y niños danzan alrededor de la cacica con movimientos orientados a la veneración de la presencia de Jesús, a través de su santísima madre, la virgen María. El trabajo de apropiación religiosa y cultural de esta hermandad es muy valioso porque permite que todos los miembros del pueblo silero, puedan comprender y vivir esta experiencia desde temprana edad. Es común encontrar adultos de Silos y que afirmen: *“Yo dancedé en la hermandad de la Cacica”*. Estas danzas son danzas ancestrales, emulan los movimientos de los pueblos originarias en sus corporalidades colectivas.

Figura 21

Representación del cacique en el templo de Silos durante la celebración de la Virgen de la Candelaria.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

Después de esta fraternidad danzante, están las tribus que rememoran Tarabatá, Guane, Magará, Loatá, Tutepa y Záqueta, entre otras. Estos pueblos reflejan el orden territorial de Silos antes de la Conquista y la Colonia, reflejan el recuerdo de los primeros años de evangelización en estos pueblos, de la recepción del mensaje salvífico de Cristo por los pueblos indígenas. La procesión se dirige al templo en el que se celebra la Eucaristía.

Posterior a la Expresión Sacramental del Misterio Pascual en la Eucaristía, se realizan unos actos de piedad que consisten en las ofrendas y frutos como agradecimiento a Dios por la manifestación de la abundancia y la generosidad de la con sus devotos. También para implorar la intercesión de Nuestra Señora de la Candelaria por los cultivos, los transportadores, los comerciantes, de un municipio cuya economía se desarrolla especialmente alrededor del campo. En el templo también se elevan cánticos, que veneran a la Virgen Santísima, a través de coros que se repiten muchas veces y oraciones que hacen parte del devocional católico por María. En estas expresiones es fundamental el Santo Rosario como práctica devocional que recuerdan los misterios de fe a través de la súplica por la intercesión de María, oraciones como la Salve o plegarias litánicas, son esenciales para esta práctica de devoción colectiva en el templo.

Figura 22

Representación del Cacique junto con autoridades eclesiásticas



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

Posterior a las ofrendas hay devociones particulares como tocar el nicho donde se expone la imagen de la Cacica, como metáfora de hacer oír las peticiones a Nuestra Señora, es un saludo y una expresión de gratitud por los favores recibidos.

Los promeseros son una de las entregas más abnegadas al servicio de la Virgen María. Su propósito es ofrendarse al servicio de los valores cristianos, a cambio de favores que se imploran a Dios o en agradecimiento por la consecución de los mismos.

Comentario artístico-teológico de la imagen de Nuestra Señora de la Candelaria de Silos

Figura 23

Imagen de la Virgen de la Candelaria, patrona de Silos, Norte de Santander.



Fuente: Silvia Ivanna Bohórquez Camacho (2025)

La imagen escultórica que se contempla constituye una extraordinaria manifestación del arte mariano colonial latinoamericana, específicamente identificable como la Virgen de la Lajita, advocación venerada en el Santuario de Cáchira, Norte de Santander. Esta obra representa un ejemplar sublime de la tradición iconográfica hispanoamericana que fusiona la herencia española con las sensibilidades estéticas desarrolladas en el Nuevo Mundo durante el período virreinal.

Dimensión Teológica y Simbología Mariana

La composición presenta a María en su doble naturaleza teológica: como Θεοτόκος (Madre de Dios) y como *Regina Coeli* (Reina del Cielo). La imagen articula magistralmente el concepto de María como Sedes Sapientiae (Trono de la Sabiduría), donde la Virgen no solo sostiene al Niño Jesús, sino que se constituye en trono viviente de la divinidad encarnada. Esta iconografía enfatiza el misterio de la Encarnación: María es simultáneamente madre y trono del Rey celestial, intermediaria privilegiada entre la humanidad y Dios.

La corona imperial que ciñe la cabeza de ambas figuras posee un profundo significado cristológico y mariológico. En María, representa su coronación como Reina del Cielo y la Tierra, dogma que encuentra sustento en el texto apocalíptico: “una Mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y tocada con una corona de doce estrellas” (Apocalipsis 12,1). La corona del Niño Jesús afirma su naturaleza regia y mesiánica, simbolizando el Reino Universal de Cristo desde su infancia. Ambas coronas, trabajadas con meticulosidad orfebre, presentan decoración vegetal y gemas que aluden a la riqueza espiritual y la dignidad celestial.

El resplandor radiante o ráfaga que circunda la corona de María constituye uno de los elementos más significativos de la composición. Este nimbo de rayos dorados representa el halo de santidad, la luz divina que emana de la Madre de Dios. Los resplandores triangulares biselados rematados con estrellas simbolizan la irradiación de la gracia divina y constituyen una representación visual de la frase “*Tota pulchra es Maria*” (Toda hermosa eres, María). Este elemento iconográfico, característico de la imaginería barroca hispanoamericana, vincula a la Virgen con la luz inmaterial que disipa las tinieblas del mundo.

Análisis Cromático y Simbología de los Colores

La paleta cromática de la obra revela una cuidadosa planificación teológica. Las vestimentas marrones oscuras con decoraciones doradas que visten ambas figuras remiten a la iconografía de las vírgenes coloniales mestizas. El marrón, poco común en la vestimenta mariana tradicional europea, puede interpretarse como símbolo de humildad y cercanía con la tierra, cualidades especialmente valoradas en el contexto de evangelización americana. Las decoraciones en oro sobre las vestiduras representan la divinidad, la realeza celestial y la luz de la gloria.

El manto blanco adornado con plumas constituye uno de los elementos más singulares y distintivos de esta advocación. El color blanco simboliza la pureza inmaculada de María, su concepción sin mancha del pecado original. Las plumas que decoran el manto poseen múltiples lecturas interpretativas: desde la perspectiva colonial, las plumas eran elementos de alta jerarquía en las culturas prehispánicas, asociadas con la nobleza y el poder divino. Su incorporación en la vestimenta mariana representa un ejemplo de sincretismo cultural, donde se funden las tradiciones indígenas con la iconografía católica europea. Las plumas blancas pueden también interpretarse como símbolo del Espíritu Santo o como representación de la pureza angélica que rodea a María.

El fondo dorado con patrones de damasco pertenece a la tradición del arte bizantino y románico, posteriormente adoptado por el barroco español e hispanoamericano. Este fondo áureo no representa un espacio terrenal, sino el ámbito celestial, la dimensión divina donde María reina glorificada. El damasco ornamental, con sus motivos florales y geométricos, evoca los textiles preciosos utilizados en la liturgia y refuerza el carácter regio y sagrado de la composición.

Elementos Iconográficos Específicos

El cetro que María sostiene en su mano derecha constituye el símbolo por excelencia del poder monárquico y del reinado mesiánico. En la iconografía mariana, el cetro afirma el señorío de María como Reina y su papel como mediadora universal de todas las gracias. Este atributo real conecta directamente con la tradición bíblica del cetro de

Judá y simboliza la autoridad que Cristo comparte con su Madre en el plan salvífico.

El Niño Jesús, representado con vestiduras completas y corona, porta en su mano izquierda el orbe o globo terráqueo coronado por una cruz. Este elemento iconográfico, conocido como *Salvator Mundi*, simboliza el dominio universal de Cristo sobre toda la creación y su poder redentor sobre el mundo. La representación del Niño con atributos reales y divinos desde su infancia pertenece a la tradición que enfatiza que Jesucristo es el mismo, en plenitud de persona divina y misión soteriológica, a lo largo de todas las etapas de su vida.

Las rosas rojas ubicadas en la base del pedestal no son elementos meramente decorativos, sino que poseen un denso significado mariológico. La rosa es la flor mariana por excelencia: blanca simboliza la pureza sin mancha; rosa representa el misterio de la Encarnación; roja evoca el amor perfecto, la caridad con que María aceptó la voluntad del Padre y el dolor que sufrió al pie de la cruz de su Hijo. Las rosas rojas aluden también al Rosario, la “corona de rosas” ofrecida a María en oración contemplativa de los misterios de Cristo y de la Virgen.[20][21][33][14]

Inscripción del Pedestal y Significado

El pedestal presenta una inscripción que, aunque parcialmente visible en la imagen, aparece como “DAGIL” o similar. En el contexto de la imaginería religiosa colonial, los pedestales frecuentemente contenían inscripciones que identificaban la advocación específica, el donante de la imagen o invocaciones marianas. Esta inscripción particular requeriría un análisis epigráfico más detallado para determinar su significado preciso, aunque podría tratarse de una abreviatura latina, una fecha conmemorativa o una referencia a la devoción local.

Estilo Artístico y Técnica

La obra presenta características del barroco colonial hispanoamericano tardío, probablemente ejecutada en el siglo XVIII o principios del XIX. La técnica empleada es la escultura en madera policromada, método privilegiado en la imaginería religiosa colonial debido a la abundancia de maderas nobles en América y la tradición

escultórica española. El proceso de elaboración implicaba el trabajo coordinado de varios artesanos: escultores que tallaban la madera, doradores que aplicaban el pan de oro, policromadores que pintaban rostros y vestiduras, y orfebres que elaboraban coronas, cetros y otros atributos metálicos.

El estofado y brocateado de las vestiduras —técnica que consiste en aplicar pan de oro sobre la superficie y posteriormente raspar diseños para crear efectos de tejidos preciosos— es característico de la imaginería barroca española y colonial. Los rostros de María y el Niño muestran la típica idealización de la belleza sagrada: facciones delicadas, expresión serena y hierática, piel de tono claro que responde a los cánones estéticos europeos, aunque adaptados a las sensibilidades mestizas americanas.

Función Litúrgica y Devocional

Esta imagen cumplía (y cumple) múltiples funciones en la vida religiosa de la comunidad: como objeto de culto en las celebraciones litúrgicas, particularmente en las fiestas marianas; como imagen procesional portada en andas durante las festividades patronales; como foco de devoción personal donde los fieles presentan sus peticiones, agradecimientos y promesas; y como símbolo identitario de la comunidad católica regional.

La práctica de vestir y coronar las imágenes marianas, documentada desde el siglo XVI en España y trasladada a América, revela la concepción de estas esculturas como presencias vivas de María, merecedoras de cuidado, atención y adorno constantes. Las camareras o vestidoras de la Virgen, frecuentemente mujeres devotas de la comunidad asumen la responsabilidad de mantener la imagen dignamente ataviada según el calendario litúrgico, cambiando mantos y vestidos de acuerdo con los colores propios de cada tiempo.



Capítulo V

Bochalema, Norte de Santander -
La Virgen de la Cueva Santa

CUEV SANTA.

CAPÍTULO V

Bochalema, Norte de Santander – Virgen de la Cueva Santa

*Adaptación desde Producción Audiovisual
realizada por Francisco de Paula Bermúdez*

Orígenes españoles de una devoción ancestral

La advocación mariana de Nuestra Señora de la Cueva Santa hunde sus raíces en la España medieval, específicamente en las montañas de Castellón, donde la fe popular tejió una de las leyendas más entrañables que posteriormente viajaría hasta las tierras colombianas. La historia se remonta al año 1410, cuando Fray Bonifacio Ferrer (1355-1417), hermano del célebre predicador dominico San Vicente Ferrer, ingresó al Monasterio de la Cartuja de Valle de Cristo en la villa de Altura, Castellón.

Bonifacio Ferrer, quien había experimentado la tragedia personal con la muerte de su esposa y nueve de sus once hijos, encontró en la vida monástica cartujena no solo refugio espiritual sino también una vocación artística particular. En su celda del monasterio, este religioso valenciano creó moldes para fabricar imágenes de la Virgen María que posteriormente distribuía entre los pastores de la región. Estas pequeñas figuras de yeso, de aproximadamente 20 centímetros de alto, estaban diseñadas para ser fácilmente transportables en los zurroneos de los pastores, quienes las llevaban consigo durante sus largas jornadas en los campos.

La Cueva del Latonero, situada a 811 metros sobre el nivel del mar y a 12 kilómetros del municipio de Altura, se convirtió en el escenario donde la historia y la fe se entrelazaron de manera extraordinaria. Esta cavidad natural, de unos 20 metros de profundidad, había servido tradicionalmente como refugio para pastores y sus rebaños, especialmente durante las inclemencias del tiempo, pues disponía de un manantial donde podían abreviar tanto los hombres como los animales.

El hallazgo milagroso y la consolidación del culto

La tradición conservada por diversos cronistas refiere que uno de aquellos pastores, quien había recibido de manos de Fray Bonifacio Ferrer una pequeña imagen de la Virgen, encontró en la cueva un refugio perfecto para su vida cotidiana. Allí, en un saliente de la roca, colocó cuidadosamente la figura sagrada, adornándola con las flores silvestres que recogía en sus jornadas por el campo mientras le dirigía sus devociones diarias. No sabemos exactamente por qué razones, pero cuando este pastor decidió abandonar definitivamente el lugar, la imagen quedó olvidada en un rincón de la caverna, guardada por las sombras de la roca.

Pasaron casi cien años en silencio hasta que, entre 1502 y 1508, llegó a la misma cueva otro pastor procedente de Segorbe, la población cercana. Este hombre también utilizaba el refugio para pasar las noches con su rebaño. Cuenta la tradición que una noche, cuando el cansancio comenzaba a vencerlo, se le presentó en visión la Virgen, quien le indicó con precisión el lugar exacto donde reposaba su imagen. A la mañana siguiente, el pastor no dudó en buscar donde le había señalado la visión y, para su asombro, descubrió la figura que había permanecido oculta durante décadas, como si la Virgen misma hubiera velado por su conservación.

Este segundo descubrimiento, sumado a los primeros milagros que la gente atribuía a la intercesión de la Virgen, comenzó a atraer a devotos de toda la región hacia aquella cueva sagrada. En los primeros años, ermitaños dedicados voluntariamente cuidaban el lugar y mantenían viva la fe de los peregrinos que llegaban en busca de bendiciones.

La tradición de las rogativas y la “Blanca Paloma”

Uno de los aspectos más distintivos de la devoción a la Virgen de la Cueva Santa radicaba en su estrecha asociación con las peticiones de lluvia durante los períodos prolongados de sequía. En tiempos de necesidad, los pueblos vecinos organizaban romerías hacia el santuario, donde acudían en busca de la intercesión mariana para salvaguardar sus cosechas del desastre. Esta vinculación fue tan profunda que la imagen terminó siendo conocida cariñosamente

como “la Blanca Paloma”, denominación que evocaba tanto el color nívoo que adquirirían los campos tras las nevadas como la paz y la esperanza que traía consigo la lluvia tan ansiada.

La rogativa más famosa y ampliamente documentada tuvo lugar en 1726, cuando una devastadora sequía general azotó las tierras valencianas, situando en grave peligro las cosechas de todo el territorio. Ante esta situación de crisis, las autoridades decidieron trasladar solemnemente la imagen desde su santuario hasta la catedral de Segorbe, donde organizaron una fervorosa procesión en la que participaron gentes procedentes de numerosos pueblos de la región. Significativamente, las crónicas de la época conservan el testimonio de los labradores de la huerta valenciana, quienes expresaban con profunda convicción: “no plourà fins que no ixca la palometa” (no lloverá hasta que no salga la palomita), frase que evidencia de manera elocuente la confianza inquebrantable depositada en la intercesión divina de María.

Tal como atestiguan los documentos históricos conservados, el 27 de febrero de 1726, siendo martes, “amaneció lloviendo y nevando, prosiguiendo así durante toda la semana, hasta llenar la medida de los deseos de todo el Reino”. Este acontecimiento extraordinario no solamente consolidó la fama de la Virgen de la Cueva Santa en toda la región, sino que además dio origen a la célebre canción infantil “Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva”, composición que ha permanecido viva en la tradición popular española hasta la actualidad, trascendiendo generaciones y perpetuando el recuerdo de aquel prodigioso evento.

La consolidación del santuario como centro de devoción

La creciente afluencia de devotos motivó cambios sustanciales en la infraestructura del lugar sagrado. Todo comenzó en 1579, cuando durante el pontificado del obispo Ruiz de Liori, la familia Decho, propietaria del terreno donde se hallaba la cueva, decidió construir un pequeño altar y colocar una reja que protegiera el lugar. De esta manera, se inauguró formalmente la celebración de cultos en aquella estancia que hasta entonces permanecía en la intimidad.

Con el paso del tiempo, en 1592, los frailes cartujos de Valle de Cristo advirtieron la trascendencia espiritual del lugar y asumieron su cuidado oficial. Bajo su administración, el santuario experimentó notables mejoras: ampliaron y refinaron las infraestructuras de la cueva, e instalaron una campanilla cuyo tañido, según la tradición local, anunciaba milagrosamente cada intervención de la Virgen.

Fue así como los monjes cartujos introdujeron una valiosa imagen de alabastro procedente de la Cartuja, conocida como “la Primitiva”, que pasó a ocupar un lugar preeminente. No obstante, la devoción popular mantuvo su preferencia por la imagen original de yeso, creada por Fray Bonifacio Ferrer, demostrando que los sentimientos religiosos trascienden las jerarquías materiales.

El proyecto de consolidación continuó su curso: en 1645 se levantó una capilla de mayor envergadura que permitió dar cabida a la creciente comunidad de devotos. Años después, en 1955, el reconocimiento llegó desde la esfera civil cuando la Virgen de la Cueva Santa recibió el título de “alcaldesa perpetua de la Villa de Altura”, distinción que reflejaba la profunda firmeza que la advocación había alcanzado, trascendiendo lo meramente religioso para convertirse en un símbolo de identidad cultural del municipio.

Expansión americana de la devoción

La devoción a Nuestra Señora de la Cueva Santa no tardó en cruzar el Atlántico hacia el continente americano durante la época colonial. A finales del siglo XVII, la imagen ya era venerada ampliamente en toda la Península Ibérica, y desde allí se extendió hacia Sudamérica, lo que demuestra la extraordinaria difusión que había alcanzado esta advocación mariana en ambos lados del océano.

En territorio americano, la Virgen de la Cueva Santa encontró una especial acogida entre las comunidades devotas de Venezuela — particularmente en la región de Amacuro— y Colombia. Aunque su presencia se propagó considerablemente en estos territorios, actualmente esta advocación mariana es reconocida como patrona únicamente en tres parroquias de América Latina: una ubicada en Venezuela, otra en Colombia —específicamente en Bochalema, Norte de Santander— y una tercera en Santa María de Dota, Costa

Rica. Esta concentración de patronazgos evidencia la profundidad de las raíces que la devoción echó en estos lugares particulares.

Llegada de la devoción a Bochalema

La llegada de la Virgen de la Cueva Santa a Bochalema, municipio del departamento Norte de Santander, constituye un capítulo fascinante de la historia religiosa regional que se entrelaza con los acontecimientos de la independencia americana. Según el relato proporcionado por Don Francisco Bermúdez, reconocido historiador local de Bochalema, la devoción se estableció en el municipio hacia comienzos de 1826, es decir, pocos años después de la independencia colombiana.

Figura 24

Interior del santuario de la Virgen de la Cueva Santa en Bochalema, Norte de Santander.



Fuente: Instagram. Recuperado de <https://www.instagram.com/p/Cu9nx12u0kR/>

El personaje central de esta historia es Don Luis Eusebio González, quien desempeñó un papel protagónico tanto en los acontecimientos políticos de la época como en el establecimiento de la devoción mariana en Bochalema. González era un “caballero patriota” cuya

casa sirvió de “albergue del libertador Simón Bolívar” durante su último paso por la población. Esta referencia coincide con los registros históricos que documentan la presencia del Libertador en Bochalema los días 24 y 25 de diciembre de 1820, durante una de sus travesías camino a Venezuela.

El milagro fundacional en tierras colombianas

La historia del establecimiento de la devoción a la Virgen de la Cueva Santa en Bochalema reproduce los patrones narrativos que han caracterizado tradicionalmente la difusión de las advocaciones marianas en el mundo católico. El protagonista de este relato fundacional es Don Luis Eusebio González, un vecino notable del municipio que padecía un persistente dolor facial que resistía todo tratamiento disponible en aquella época, manteniéndolo sumido en un sufrimiento que parecía no tener fin.

La Providencia se manifestó a través de la figura de un vendedor ambulante que llegó a la casa de González ofreciéndole una imagen de la Virgen de la Cueva Santa. En principio, González mostró poco interés en la adquisición, pero el insistente comerciante le propuso una singular prueba de fe. El diálogo, tal como lo recoge la tradición oral del pueblo fue el siguiente:

González: “Si esa virgen me curara este dolor no solo se la compraría, sino que me haría su devoto.”

Vendedor: “Pues téngala con usted un rato don Eusebio y si a mi regreso le hace el milagro me la compra.”

Lo que sucedió a continuación transformaría no solo la vida de González sino el panorama religioso de toda la región. Según el relato tradicional, la curación se produjo en cuestión de momentos, liberando completamente al enfermo de su padecimiento. Este acontecimiento extraordinario operó una profunda conversión en González, quien efectivamente cumplió su promesa convirtiéndose en devoto entusiasta de la Virgen. Pero su compromiso fue más allá del ámbito personal: asumió el papel de propagador activo de la nueva devoción, compartiendo con amigos y conocidos su experiencia milagrosa y refiriendo que aquel favor inicial había sido apenas el primero de muchos que la Santísima Virgen le prodigaría a lo largo de su vida.

Establecimiento del culto y tradición festiva

La gratitud de Don Luis Eusebio González se materializó en acciones concretas que establecieron las bases institucionales de la devoción en Bochalema. Coherente con su promesa y movido por un reconocimiento genuino, donó el terreno necesario para la construcción del primer espacio sagrado dedicado a la Virgen de la Cueva Santa en el municipio. Esta capilla inicial representó mucho más que una simple edificación: fue el ancla física que permitió el arraigo y desarrollo posterior del culto mariano en la localidad.

Pero el compromiso de González trascendió la donación del terreno y la construcción del templo. Durante el resto de su vida, asumió personalmente la responsabilidad económica y organizativa de celebrar la fiesta patronal, haciéndolo además “con gran esplendor”, según testimonian las fuentes. Esta dedicación personal del fundador de la devoción local estableció un modelo que sus sucesores continuarían, creando así una tradición festiva ininterrumpida que se mantiene vigente casi dos siglos después. Hoy en día, la celebración anual de la Virgen de la Cueva Santa constituye una de las festividades religiosas más significativas del calendario bochalebero, momento en que la comunidad renueva colectivamente su vínculo con esta advocación mariana.

La imagen y su iconografía particular

Figura 25

Virgen de la Cueva Santa en Bochalema, Norte de Santander.



Fuente: Instagram. Recuperado de <https://www.instagram.com/p/Cu9nx12u0kR/>

El conocimiento detallado de la imagen venerada en Bochalema ha llegado hasta nosotros gracias al trabajo descriptivo de Annie Contreras, quien documentó tanto los aspectos formales como los elementos simbólicos de esta representación mariana. La imagen está ejecutada mediante la técnica de pintura sobre lienzo, utilizando como fondo un distintivo azul turquí que realza la figura central. Del conjunto se destaca el busto de la Virgen, cuyo rostro presenta las características de una joven doncella. El cromatismo de la vestimenta combina el escarlata del vestido con el azul profundo del manto, este último anudado al frente de manera característica.

Un aspecto particularmente interesante desde el punto de vista iconográfico es que esta representación bochalebera difiere notablemente de la imagen original venerada en España. Mientras la versión española tradicional presenta a la Virgen como una figura madura, caracterizada como “virgen anciana con traje de viuda”, la imagen colombiana optó por representarla como una doncella joven. Esta transformación iconográfica no es casual; sugiere un proceso de adaptación cultural mediante el cual la devoción se ajusta a las sensibilidades estéticas y devocionales del nuevo contexto americano.

La imagen incorpora además una rica simbología que amplía significativamente su contenido teológico y devocional. Además de portar una diadema, la Virgen está rodeada por una aureola luminosa a la altura del busto, elemento que enfatiza su condición celestial. A sus pies, dos ángeles aparecen en actitud contemplativa, vueltos el uno hacia el otro en un gesto que sugiere adoración. La composición incluye también referencias al entorno natural de la advocación original: en la parte inferior, la figura aparece rodeada de formaciones rocosas que evocan la cueva, mientras que en la superior se extiende el ramaje y las flores de un rosal. Esta combinación de elementos pétreos y vegetales crea una síntesis visual que conecta el refugio terrenal de la cueva con la belleza del jardín celestial, estableciendo un puente simbólico entre lo humano y lo divino.

La inscripción principal de la imagen posee especial relevancia. Sobre la corona real aparece un lambel —elemento heráldico— en color blanco que porta la inscripción: “paloma mía los agujeros de la roca”. Esta cita textual proviene del Cantar de los Cantares (2:14), uno de los libros poéticos del Antiguo Testamento que la tradición cristiana ha interpretado como alegoría del amor entre Dios y el alma. La elección de este pasaje bíblico no es arbitraria: conecta directamente la advocación bochalebera con su matriz española original y, al mismo tiempo, refuerza el simbolismo de la cueva como espacio de intimidad mística, lugar privilegiado donde lo humano puede encontrarse con lo divino.

La parte inferior de la imagen contiene información de naturaleza histórica y canónica que resulta sumamente reveladora. El texto inscrito sobre fondo blanco reza: “Nuestra Señora de la Cueva Santa, venerada en el colegio de Santa Cruz de Querétaro- rezando una

salve se ganan 80 días de indulgencia por el Arzobispo de Moria, 40 por los SS. Obispos de Michoacán, Quito y Chiapa”. Esta inscripción cumple una doble función documental: por un lado, identifica inequívocamente la advocación y su vínculo con el importante centro franciscano de Querétaro (México); por otro, enumera los privilegios espirituales concedidos por diversas autoridades eclesiásticas americanas. La mención de obispados tan distantes entre sí —desde México hasta Ecuador, pasando por Chiapas— evidencia la notable extensión geográfica que la devoción había alcanzado durante el período colonial, sugiriendo circuitos de difusión que trascendían las fronteras virreinales y creaban una red devocional de alcance continental.

Integración en la vida religiosa y cultural de Bochalema

La devoción a la Virgen de la Cueva Santa no permaneció como un fenómeno aislado o marginal en la vida religiosa de Bochalema; por el contrario, logró integrarse en el tejido social y cultural del municipio hasta convertirse en uno de sus principales referentes identitarios. Este proceso de arraigo transformó la capilla dedicada a Nuestra Señora de la Cueva Santa, ubicada dentro del Templo Parroquial Sagrado Corazón de Jesús, en un auténtico centro de peregrinación que atrajo no solamente a los habitantes locales sino también a devotos procedentes de municipios vecinos y de la región nortesantandereana en general.

El calendario litúrgico local reserva el 8 de septiembre como fecha de la celebración principal en honor a esta advocación mariana. La elección de esta fecha no es casual: coincide con la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María, una de las celebraciones más antiguas del calendario litúrgico universal. Esta sincronización entre el culto particular local y el calendario litúrgico universal representa una estrategia de legitimación y enraizamiento de la devoción en la estructura más amplia de la Iglesia católica. Las festividades bochaleberas combinan armónicamente los elementos religiosos tradicionales —misas, procesiones, novenas— con expresiones de la cultura popular regional, incluyendo manifestaciones folclóricas, musicales y gastronómicas que reflejan la identidad nortesantandereana. Esta confluencia de lo sagrado y lo profano, lejos de restar solemnidad a la celebración, enriquece su significado al convertirla en un espacio de construcción y reafirmación comunitaria.

Un aspecto que merece destacarse es el desarrollo de prácticas devocionales particulares entre los fieles bochaleberos. Aunque la devoción mantiene su núcleo esencial conectado con la tradición española original, los devotos locales han desarrollado formas específicas de oración, promesas y rituales que incorporan elementos característicos de la religiosidad popular colombiana. Esta síntesis cultural es especialmente significativa desde una perspectiva antropológica y teológica: demuestra la capacidad de las devociones marianas para trascender fronteras geográficas y culturales, adaptándose creativamente a nuevos contextos sin perder su identidad fundamental. La Virgen de la Cueva Santa en Bochalema es, simultáneamente, la misma advocación que se venera en España y una manifestación nueva, enriquecida por la sensibilidad religiosa latinoamericana.

El contexto histórico de la independencia

La llegada de la devoción a Bochalema en 1826 no puede desligarse del contexto histórico de la recién consolidada independencia americana. El hecho de que Don Luis Eusebio González fuera descrito como un “caballero patriota” y que su casa hubiera servido de “albergue del libertador Simón Bolívar” sitúa el establecimiento de esta devoción mariana en el marco de la construcción de la nueva identidad nacional colombiana.

La presencia de Bolívar en Bochalema durante los días 24 y 25 de diciembre de 1820 corresponde a uno de sus últimos viajes hacia Venezuela, en un período en que el Libertador transitaba frecuentemente por los caminos que unían la Nueva Granada con su tierra natal. El municipio de Bochalema, estratégicamente ubicado en esta ruta, se convirtió en punto de paso obligado para quienes se dirigían desde el interior colombiano hacia los llanos venezolanos. Es significativo que la devoción se estableciera precisamente en 1826, año que marca el final del período conocido como la “Patria Boba” y el inicio de la consolidación institucional de la Gran Colombia. En este contexto, el establecimiento de nuevas devociones religiosas formaba parte del proceso más amplio de construcción de identidades locales dentro del marco nacional emergente.

Proyección regional y nacional

Aunque su epicentro permanece firmemente establecido en Bochalema, la devoción a la Virgen de la Cueva Santa ha experimentado un proceso de difusión que ha extendido su influencia hacia otros municipios de Norte de Santander y departamentos vecinos. Este fenómeno de expansión devocional no es sorprendente si consideramos las características particulares de la región fronteriza colombo-venezolana. Los intensos intercambios comerciales que históricamente han caracterizado esta zona, sumados a los vínculos familiares que trascienden las fronteras políticas y a una cultura compartida, han creado condiciones favorables para la circulación de prácticas religiosas y devocionales. La Virgen de la Cueva Santa ha podido así trascender sus límites municipales originales, convirtiéndose progresivamente en una devoción de alcance regional.

La particular historia de esta devoción, que vincula la España medieval con la Colombia republicana a través de la figura del Libertador, le confiere un significado histórico que trasciende lo meramente religioso. La Virgen de la Cueva Santa se ha convertido así en símbolo de la continuidad cultural hispanoamericana y testimonio de cómo las tradiciones espirituales logran adaptarse y florecer en nuevos contextos geográficos y temporales.

Permanencia y actualidad de la devoción

A casi dos siglos de su establecimiento en Bochalema, la devoción a la Virgen de la Cueva Santa mantiene una vitalidad notable que contradice las predicciones secularizadoras que auguraban el declive de estas formas tradicionales de religiosidad. Las celebraciones anuales continúan convocando a numerosos fieles que encuentran en estos rituales tradicionales no solamente un espacio de expresión religiosa sino también un momento privilegiado para la renovación de los vínculos comunitarios. La participación en las festividades marianas constituye, de hecho, una de las principales formas mediante las cuales los habitantes afirman y transmiten su identidad local a las nuevas generaciones.

La capilla dedicada a Nuestra Señora de la Cueva Santa, ubicada dentro del templo parroquial, permanece como destino constante de peregrinaciones individuales y colectivas. Los devotos acuden a

este espacio sagrado buscando la intercesión de la Virgen en sus necesidades tanto materiales como espirituales, reproduciendo así el gesto original de Don Luis Eusebio González cuando recurrió a ella en su enfermedad. Los testimonios contemporáneos de favores recibidos —curaciones, protección en viajes, solución de problemas económicos o familiares— perpetúan la tradición milagrosa que ha caracterizado esta advocación desde sus orígenes, tanto en su manifestación española como en su trasplante americano. Estos relatos de milagros contemporáneos cumplen una función importante en la vitalidad de la devoción: demuestran que la Virgen sigue activa, presente y atenta a las necesidades de sus devotos.

En el contexto más amplio de la religiosidad popular nortesantandereana, la Virgen de la Cueva Santa ocupa un lugar destacado dentro de un rico panorama devocional. Comparte el escenario regional con otras importantes advocaciones marianas como Nuestra Señora de las Gracias de Torcoroma en Ocaña, creando así un mapa sagrado complejo en el que diferentes santuarios y advocaciones coexisten sin rivalizar entre sí. Esta diversidad devocional refleja la riqueza espiritual de una región que ha sabido conservar las tradiciones heredadas del período colonial mientras simultáneamente las enriquece y adapta a las sensibilidades contemporáneas. La pervivencia de estas devociones tradicionales en plena era de la globalización y la secularización constituye un fenómeno digno de atención para estudiosos de la religiosidad popular y la cultura regional.

Significado teológico y espiritual

Más allá de las circunstancias históricas y geográficas particulares de su desarrollo, la advocación de la Virgen de la Cueva Santa posee una profunda carga simbólica y teológica que merece ser explorada. El símbolo central —la cueva— conecta esta devoción con una larga tradición bíblica y espiritual. En la Biblia, las cuevas aparecen frecuentemente como espacios de refugio y encuentro con lo sagrado: Elías escucha la voz de Dios en una cueva del monte Horeb, los profetas se refugian en cavernas durante las persecuciones, Cristo nace en una gruta según la tradición oriental, y su cuerpo es depositado en una tumba excavada en la roca de la que surgirá triunfante en la Resurrección. La cueva representa

así el lugar del retiro espiritual, el espacio de la protección divina y, significativamente, el ámbito de la revelación mística donde lo humano puede encontrarse con lo divino lejos del ruido del mundo.

La inscripción que porta la imagen bochalebera —“paloma mía los agujeros de la roca”— conecta directamente esta devoción con uno de los textos más líricos y misteriosos del Antiguo Testamento: el Cantar de los Cantares. En este poema nupcial, que la tradición exegética cristiana ha interpretado como alegoría del amor entre Dios y el alma, la cueva en la roca simboliza el lugar íntimo del encuentro amoroso, el espacio protegido donde el amado y la amada pueden encontrarse sin interferencias externas. Esta dimensión mística de la devoción enriquece considerablemente su significado: más allá de las peticiones concretas por necesidades materiales que los fieles presentan ante la Virgen, la advocación invita también a una experiencia más profunda de intimidad espiritual, de contemplación silenciosa y de unión amorosa con lo divino. La Virgen de la Cueva Santa es así, simultáneamente, intercesora poderosa ante las necesidades cotidianas y guía hacia las profundidades de la experiencia mística.

Finalmente, vale la pena reflexionar sobre el significado de las rogativas por la lluvia, práctica que caracterizó la devoción española original y que permanece al menos simbólicamente en la tradición bochalebera. Esta costumbre refleja una comprensión profundamente cristiana de la condición humana: el reconocimiento de nuestra dependencia radical respecto a la Providencia divina, tanto para las necesidades materiales más elementales —el agua que hace fértil la tierra— como para las necesidades espirituales más elevadas. María, en su papel de intercesora, se convierte en el canal privilegiado a través del cual los fieles expresan esta doble dependencia. Al acudir a la Virgen de la Cueva Santa, los devotos reconocen implícitamente que todo don, tanto material como espiritual, procede en última instancia de Dios, y que María ejerce su maternidad espiritual precisamente al conducir a sus hijos hacia la fuente de toda gracia. Esta comprensión teológica subyace a la aparente simplicidad de las prácticas devocionales populares, revelando su profunda coherencia con la fe cristiana más auténtica.

La Virgen de la Cueva Santa: Un Análisis Teológico y Artístico

Esta extraordinaria pieza de arte sacro constituye una obra de singular relevancia tanto desde la perspectiva artística como teológica. La imagen que contemplamos representa un bajorrelieve de yeso blanco que, según la tradición, fue creado por Fray Bonifacio Ferrer (1350-1417), prior general de la Cartuja de Vall de Cristo y hermano del dominico San Vicente Ferrer, a principios del siglo XV.

Análisis Iconográfico: La Virgen Haghiosoritissa

Tipología Bizantina

La representación iconográfica se inscribe dentro de la tradición de la Virgen Haghiosoritissa (de la Santa Caja), una tipología bizantina de profundo significado teológico. Este modelo iconográfico, vinculado a la emperatriz Santa Pulqueria (399-453 d.C.), presenta a la Virgen “de pie o de medio cuerpo volviendo su cuerpo hacia la izquierda y, con los brazos separados en señal de súplica para interceder por la Humanidad ante Dios”.

La Virgen como Intercesora

La postura de la figura revela su función intercesora: María aparece con “la cabeza ligeramente hacia la izquierda”, adoptando la actitud de la orante que media entre la humanidad y la divinidad. Esta iconografía encuentra sus raíces en los iconos bizantinos que enfatizan el papel de María como “Virgen Mediadora” que intercede por la salvación del hombre.

Significado Teológico del Atuendo

El Simbolismo de la Viudez

Uno de los aspectos más extraordinarios de esta representación es que María aparece “llevando un traje de viuda, sobre-toca”, una elección iconográfica que reviste profundo significado teológico. Esta representación como virgen anciana vestida de viuda trasciende la mera descripción física para adentrarse en el misterio de la Mater Dolorosa.

El atuendo de viuda simboliza teológicamente el dolor de María ante la Pasión de su Hijo. Representa la culminación de su maternidad dolorosa, donde la espada que atravesó su alma (Lucas 2:35) se manifiesta visualmente a través de las vestiduras de luto. Esta iconografía sugiere a María como la Viuda de Cristo, experimentando el dolor supremo de la pérdida del Hijo.

La Corona Radiante

La obra presenta “lo que parece una corona de rayos que se estrecha formando dos ligeras curvas”, elemento que trasciende la mera decoración para convertirse en teofanía visual. Esta aureola radiante proclama la realeza celestial de María, confirmando su dignidad como Regina Coeli. Los rayos luminosos evocan la luz de la gloria divina que emana de la Madre de Dios, conectando con la tradición patristica que ve en María el “lugar teológico” donde se manifiesta la gloria divina.

La Expresión Facial

El rostro de la Virgen revela una expresión de serena gravedad, propia de quien ha experimentado el misterio del dolor redentor. Los rasgos maduros, alejados de la idealización juvenil común en otras representaciones marianas, sugieren la sabiduría adquirida a través del sufrimiento redentor. Esta vejez dignificada evoca la Sabiduría personificada (Sophia) de la tradición bíblica.

Contexto Histórico-Devocional

La Tradición del Hallazgo

La leyenda del hallazgo milagroso de la imagen se inscribe dentro de la tradición de las apariciones marianas que buscan revitalizar la fe popular. El pastor que encuentra la imagen “cuando ya empezaba a dormitar, vio aparecersele la Virgen, la cual le indicó donde encontraría una imagen suya”, estableciendo una teofanía pastoral que conecta con la tradición bíblica de las apariciones a los humildes

El Santuario Rupestre

La ubicación en una cueva natural de 20 metros de profundidad evoca la tradición de los santuarios rupestres del cristianismo primitivo. La cueva, como útero telúrico, simboliza el seno materno de la Tierra Madre, estableciendo una conexión simbólica con la maternidad universal de María.

Dimensión Taumatúrgica

Las Curaciones Milagrosas

La tradición atribuye a la imagen y al manantial sagrado de la cueva numerosas curaciones milagrosas, especialmente la famosa curación de Juan Monserrate de Jérica de la lepra en 1574. Esta dimensión taumatúrgica conecta con la función sanadora de María como Salus Infirmorum (Salud de los Enfermos).

El Agua Sacralizada

El manantial de la cueva adquiere dimensión sacramental como agua sanadora, evocando las aguas bautismales y la regeneración espiritual. La conjunción de la imagen mariana con el agua curativa establece un binomio sacramental que remite al papel de María en la economía de la salvación.

Significado Eclesiológico

Patronazgo Diocesano

La designación como patrona de la diócesis de Segorbe-Castellón desde 1961 confirma el reconocimiento eclesial de su importancia teológica. Este patronazgo oficial trasciende la devoción popular para convertirse en expresión de la fe diocesana.

Patrona de los Espeleólogos

Su nombramiento como patrona de los espeleólogos españoles desde 1955 establece una conexión simbólica entre la exploración de las profundidades terrestres y la exploración de los misterios

divinos, convirtiendo a María en guía de quienes se adentran en las profundidades.

Interpretación Teológica Profunda

La Maternidad Dolorosa

Esta representación de María como virgen anciana y viuda constituye una cristología implícita que subraya la realidad de la Encarnación redentora. María, envejecida por el dolor de la Pasión, testimonia la historicidad del misterio pascual y la participación maternal en la obra redentora.

La Escatología Mariana

La corona radiante sugiere la glorificación escatológica de María, anticipando su Asunción gloriosa. Esta iconografía presenta a María como primicia de la resurrección, mostrando el destino final de toda la humanidad redimida.

La Eclesiología Mariana

María aparece como figura de la Iglesia, especialmente de la Iglesia sufriente que participa en la Pasión de Cristo. Su representación como viuda evoca a la Iglesia viuda que espera el retorno del Esposo celestial, configurándose como símbolo eclesiológico de la comunidad creyente.

Dimensión Mística y Contemplativa

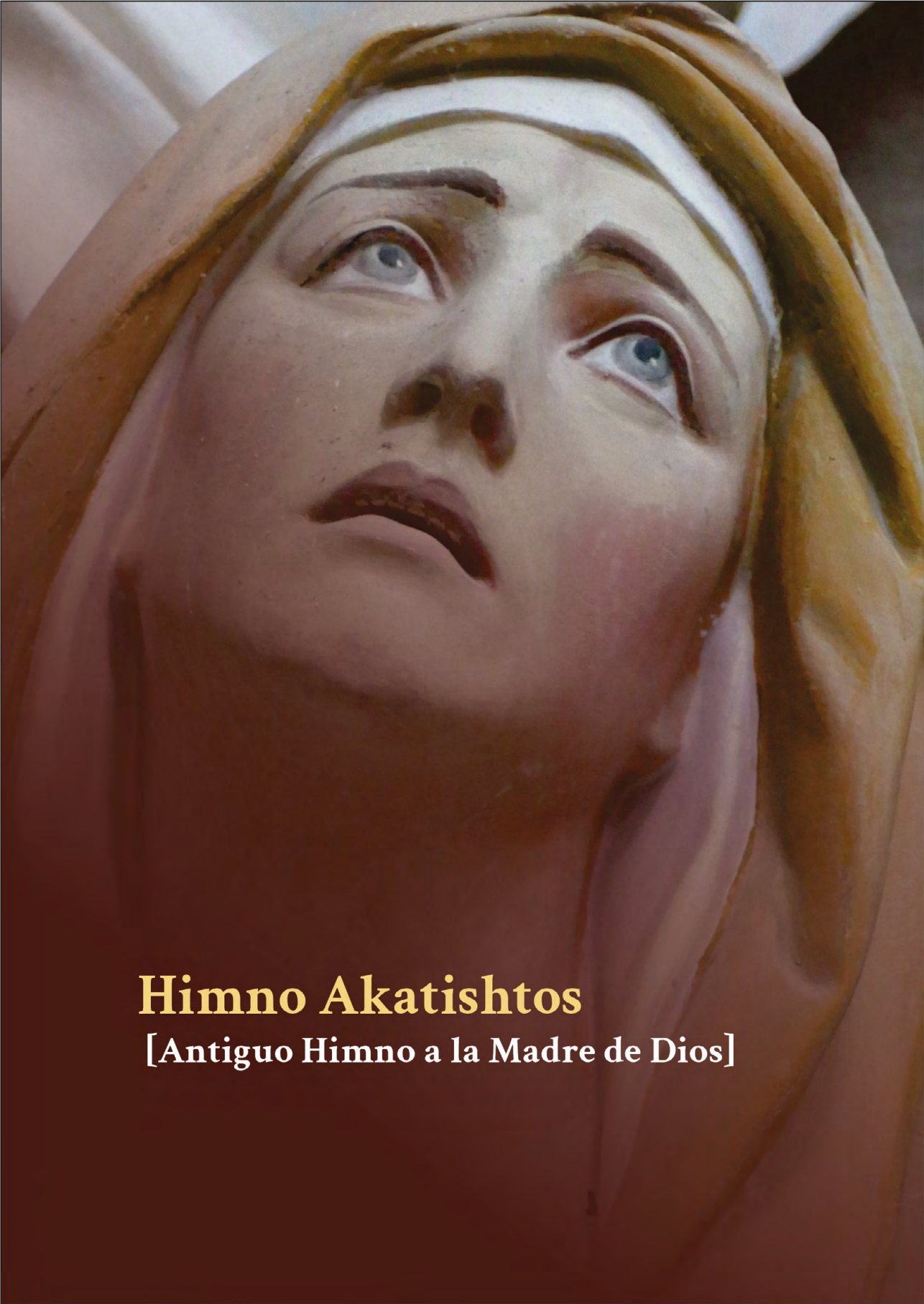
La Teología de la Imagen

Esta obra se inscribe dentro de la teología de la imagen bizantina, donde el icono se convierte en ventana hacia lo trascendente. La imagen no es mera representación, sino presencia sacramental que facilita el encuentro orante con el misterio divino.

La Contemplación Mariana

La serena gravedad del rostro invita a la contemplación mística, convirtiendo la imagen en maestra de oración. María, representada en su madurez dolorosa, se convierte en compañera de los que sufren y guía de la oración contemplativa.

Esta extraordinaria pieza de arte sacro trasciende las categorías puramente estéticas para constituirse en teología visual que proclama los misterios centrales de la fe cristiana a través del prisma mariano. Su pervivencia devocional durante más de cinco siglos atestigua su eficacia espiritual como mediadora entre lo humano y lo divino, confirmando que el arte verdaderamente sacro posee la capacidad de convertirse en sacramento de la belleza divina.



Himno Akatishtos

[Antiguo Himno a la Madre de Dios]

HIMNO AKATISHTOS

[Antiguo Himno a la Madre de Dios]

PARTE LITÚRGICA

1.

Un arcángel excelso
fue enviado del cielo
a decir «Dios te salve» a María.
Contemplándote, oh Dios, hecho hombre
por virtud de su angélico anuncio,
extasiado quedó ante la Virgen,
y así le cantaba:
Salve, por ti resplandece la dicha;
Salve, por ti se eclipsa la pena.
Salve, levantas a Adán, el caído;
Salve, rescatas el llanto de Eva.
Salve, oh cima encumbrada
a la mente del hombre;
Salve, abismo insondable
a los ojos del ángel.
Salve, tú eres de veras
el trono del Rey;
Salve, tú llevas en ti
al que todo sostiene.
Salve, lucero que el Sol nos anuncia;
Salve, regazo del Dios que se encarna.
Salve, por ti la creación se renueva;
Salve, por ti el Creador nace niño.
Salve, ¡Virgen y Esposa!

2.

Conociendo la Santa
que era a Dios consagrada,
al arcángel Gabriel le decía:
«Tu mensaje es arcano a mi oído

y difícil resulta a mi alma;
insinúas de Virgen el parto,
exclamando:
¡Aleluya!».

3.

Deseaba la Virgen
comprender el misterio
y al heraldo divino pregunta:
«¿Podrá dar a la luz criatura
una Virgen? Responde, te ruego».
Reverente Gabriel contestaba,
y así le cantaba:
Salve, tú guía al eterno consejo;
Salve, tú prenda de arcano misterio.
Salve, milagro primero de Cristo;
Salve, compendio de todos sus dogmas.
Salve, celeste escalera
que Dios ha bajado;
Salve, oh puente que llevas
los hombres al cielo.
Salve, de angélicos coros
solemne portento;
Salve, de turba infernal
lastimero flagelo.
Salve, inefable, la Luz alumbraste;
Salve, a ninguno dijiste el secreto.
Salve, del docto rebasas la ciencia;
Salve, del fiel iluminas la mente.
Salve, ¡Virgen y Esposa!

4.

La virtud de lo Alto
la cubrió con su sombra
e hizo Madre a la Esposa Inviolada.
Aquel seno por Dios fecundado
germinó como fértil arada
para todo el que busca la gracia
y aclama:
¡Aleluya!

5.

Con el Niño en su seno,
presurosa María,
a su prima Isabel visitaba.
El pequeño en el seno materno
exultó al oír el saludo,
y con saltos, cual cantos de gozo,
a la Madre aclamaba:
Salve, oh tallo del verde Retoño;
Salve, oh rama del Fruto incorrupto.
Salve, al pío Arador tú cultivas;
Salve, tú plantas quien planta la vida.
Salve, oh campo fecundo
de gracias copiosas;
Salve, oh mesa repleta
de dones divinos.
Salve, un prado germinas
de toda delicia;
Salve, al alma preparas
asilo seguro.
Salve, incienso de grata plegaria;
Salve, ofrenda que el mundo concilia.
Salve, clemencia de Dios para el hombre;
Salve, del hombre con Dios confianza.
Salve, ¡Virgen y Esposa!

6.

Con la mente en tumulto,
inundado de dudas,
el prudente José se debate.
Te conoce cual Virgen intacta;
desposorios secretos sospecha.
Al saber que es acción del Espíritu,
exclama:
¡Aleluya!

7.

Los pastores oyeron
los angélicos coros
que al Señor hecho hombre cantaban.
Para ver al Pastor van corriendo;

un Cordero inocente contemplan
que del pecho materno se nutre,
y a la Virgen le cantan:
Salve, Nutriz del Pastor y Cordero;
Salve, aprisco de fieles rebaños.
Salve, barrera a las fieras hostiles;
Salve, ingreso que da al Paraíso.
Salve, por ti con la tierra
exultan los cielos;
Salve, por ti con los cielos
se alegra la tierra.
Salve, de Apóstoles boca
que nunca enmudece;
Salve, de Mártires fuerza
que nadie somete.
Salve, de fe inconcuso cimiento;
Salve, fulgente estandarte de gracia.
Salve, por ti es despojado el averno;
Salve, por ti revestimos la gloria.
Salve, ¡Virgen y Esposa!

8.

Observando la estrella
que hacia Dios los guiaba,
sus fulgores siguieron los magos.
Era antorcha segura en su ruta;
los condujo ante el Rey Poderoso.
Al llegar hasta el Inalcanzable,
le cantan:
¡Aleluya!

9.

Contemplaron los magos
entre brazos maternos
al que al hombre plasmó con sus manos.
Comprendieron que era Él su Señor,
a pesar de su forma de esclavo;
presurosos le ofrecen sus dones
y a la Madre proclaman:
Salve, oh Madre del Sol sin ocaso;
Salve, aurora del místico Día.

Salve, tu apagas hogueras de errores;
Salve, Dios Trino al creyente revelas.
Salve, derribas del trono
al tirano enemigo;
Salve, nos muestras a Cristo
el Señor y el Amigo.
Salve, nos has liberado
de bárbaros ritos;
Salve, nos has redimido
de acciones de barro.
Salve, destruyes el culto del fuego;
Salve, extingues las llamas del vicio.
Salve, camino a la santa templanza;
Salve, alegría de todas las gentes.
Salve, ¡Virgen y Esposa!

10.

Portadores y heraldos
de Dios eran los magos
de regreso, allá en Babilonia.
Se cumplía el oráculo antiguo
cuando a todos hablaban de Cristo,
sin pensar en el necio de Herodes
que no canta:
¡Aleluya!

11.

El Egipto iluminas
con la luz verdadera
persiguiendo el error tenebroso.
A tu paso caían los dioses,
no pudiendo, Señor, soportarte;
y los hombres, salvados de engaño,
a la Virgen aclaman:
Salve, levantas al género humano;
Salve, humillas a todo el infierno.
Salve, conculcas engaños y errores;
Salve, impugnas del ídolo el fraude.
Salve, oh mar que sumerge
al cruel enemigo;
Salve, oh roca do beben

sedientos de Vida.
Salve, columna de fuego
que guía en tinieblas;
Salve, amplísima nube
que cubres el mundo.
Salve, nos diste el Maná verdadero;
Salve, nos sirves Manjar de delicias.
Salve, oh tierra por Dios prometida;
Salve, en ti fluyen la miel y la leche.
Salve, ¡Virgen y Esposa!

12.

Simeón el anciano,
al final de sus días,
de este mundo dejaba la sombra.
Presentado le fuiste cual niño,
mas, al verte cual Dios poderoso,
admiró el arcano designio
y gritaba:
¡Aleluya!

PARTE DOGMÁTICA

13.

Renovó el Excelso
de este mundo las leyes
cuando vino a habitar en la tierra.
Germinando en un seno incorrupto
lo conserva intacto cual era.
Asombrados por este prodigio
a la Santa cantamos:
Salve, azucena de intacta belleza;
Salve, corona de noble firmeza.
Salve, la suerte futura revelas;
Salve, la angélica vida desvelas.
Salve, frutal exquisito
que nutre a los fieles;
Salve, ramaje frondoso
que a todos cobija.

Salve, llevaste en el seno
quien guía al errante;
Salve, al mundo entregaste
quien libra al esclavo.
Salve, plegaria ante el Juez verdadero;
Salve, perdón del que tuerce el sendero.
Salve, atavío que cubre al desnudo;
Salve, del hombre supremo deseo.
Salve, ¡Virgen y Esposa!

14.

Ante el Parto admirable,
alejados del mundo,
hacia el cielo elevamos la mente.
El Altísimo vino a la tierra
con la humilde semblanza de un pobre
y enaltece hasta cumbres de gloria
a quien canta:
¡Aleluya!

15.

Habitaba en la tierra
y llenaba los cielos
la Palabra de Dios infinita.
Su bajada amorosa hasta el hombre
no cambió su morada superna.
Era el parto divino de Virgen
que este canto escuchaba:
Salve, mansión que contiene el Inmenso;
Salve, dintel del augusto Misterio.
Salve, de incrédulo equívoco anuncio;
Salve, del fiel inequívoco orgullo.
Salve, carroza del Santo
que portan querubes;
Salve, sitio del que adoran
sin fin serafines.
Salve, tú sola has unido
dos cosas opuestas;
Salve, tú sola a la vez
eres Virgen y Madre.
Salve, por ti fue borrada la culpa;

Salve, por ti Dios abrió el Paraíso.
Salve, tú llave del Reino de Cristo;
Salve, esperanza de bienes eternos.
Salve, ¡Virgen y Esposa!

16.

Todo el orden angélico
asombrado contempla
el misterio de Dios que se encarna.
Al Señor, al que nadie se acerca,
hecho hombre, accesible, admira
caminar por humanos senderos,
escuchando:
¡Aleluya!

17.

Oradores brillantes
como peces se callan
ante ti, Santa Madre del Verbo.
Cómo ha sido posible no entienden
ser tú Virgen después de ser Madre.
El prodigio admiramos tus fieles,
y con fe proclamamos:
Salve, sagrario de arcana Sapiencia;
Salve, dispensa de la Providencia.
Salve, por ti se confunden los sabios;
Salve, por ti el orador enmudece.
Salve, por ti se aturden
sutiles doctores;
Salve, por ti desfallecen
autores de mitos.
Salve, disuelves enredos
de agudos sofistas;
Salve, rellenas las redes
de los Pescadores.
Salve, levantas de honda ignorancia;
Salve, nos llenas de ciencia superna.
Salve, navío del que ama salvarse;
Salve, oh puerto en el mar de la vida.
Salve, ¡Virgen y Esposa!

18.

Por salvar todo el orbe,
el Divino Alfarero
hasta el mundo bajó, porque quiso.
Por ser Dios era Él Pastor nuestro;
se mostró por nosotros Cordero;
como igual sus iguales atrae;
cual Dios oye:
¡Aleluya!

19.

Virgen, Madre de Cristo,
baluarte de vírgenes
y de todo el que en ti se refugia
el divino Hacedor te dispuso,
al tomar de ti carne en tu seno;
y enseña a que todos cantemos
en tu honor, oh Inviolada:
Salve, columna de sacra pureza;
Salve, umbral de la vida perfecta.
Salve, tú inicias la nueva progenie;
Salve, dispensas bondades divinas.
Salve, de nuevo engendraste
al nacido en deshonra;
Salve, talento infundiste
al hombre insensato.
Salve, anulaste a Satán
seductor de las almas;
Salve, nos diste al Señor
sembrador de los castos.
Salve, regazo de nupcias divinas;
Salve, unión de los fieles con Cristo.
Salve, de vírgenes Madre y Maestra;
Salve, al Esposo conduces las almas.
Salve, ¡Virgen y Esposa!

20.

Impotente es el canto
que alabar presumiera
de tu gracia el caudal infinito.
Como inmensa es la arena en la playa

pueden ser nuestros himnos, Rey Santo,
mas no igualan los dones que has dado
a quien canta:
¡Aleluya!

21.

Como antorcha luciente
del que yace en tinieblas
resplandece la Virgen María.
Ha encendido la Luz increada;
su fulgor ilumina las mentes
y conduce a la ciencia celeste
suscitando este canto:
Salve, oh rayo del Sol verdadero;
Salve, destello de Luz sin ocaso.
Salve, fulgor que iluminas las mentes;
Salve, cual trueno enemigos aterra.
Salve, surgieron de ti
luminosos misterios;
Salve, brotaron en ti
caudalosos arroyos.
Salve, figura eres tú
de salubre piscina;
Salve, tú limpias las manchas
de nuestros pecados.
Salve, oh fuente que lavas las almas;
Salve, oh copa que vierte alegría.
Salve, fragancia del ungüento de Cristo;
Salve, oh Vida del sacro Banquete.
Salve, ¡Virgen y Esposa!

22.

Por querer perdonarnos
el pecado primero,
el que paga las deudas de todos,
de sus prófugos busca el asilo,
libremente del cielo exiliado.
Mas, rasgando el quirógrafo antiguo,
oye un canto:
¡Aleluya!

23.

Celebrando tu parto,
a una voz te alabamos
como templo viviente, Señora.
Ha querido encerrarse en tu seno
el que todo contiene en su mano,
el que santa y gloriosa te ha hecho,
el que enseña a cantarte:
Salve, oh tienda del Verbo divino;
Salve, más grande que el gran Santuario.
Salve, oh Arca que Espíritu dora;
Salve, tesoro inexhausto de vida.
Salve, diadema preciosa
de reyes devotos;
Salve, orgullo glorioso
de sacros ministros.
Salve, firmísimo alcázar
de toda la Iglesia;
Salve, muralla invencible
de todo el Imperio.
Salve, por ti enarbolamos trofeos;
Salve, por ti sucumbió el adversario.
Salve, remedio eficaz de mi carne;
Salve, inmortal salvación de mi alma.
Salve, ¡Virgen y Esposa!

24.

Digna de toda loa,
Madre santa del Verbo,
el más Santo entre todos los Santos.
Nuestra ofrenda recibe en el canto;
salva al mundo de todo peligro;
del castigo inminente libera
a quien canta:
¡Aleluya!



UNIVERSIDAD
DE PAMPLONA

ISBN (Digital): 978-628-7656-82-6